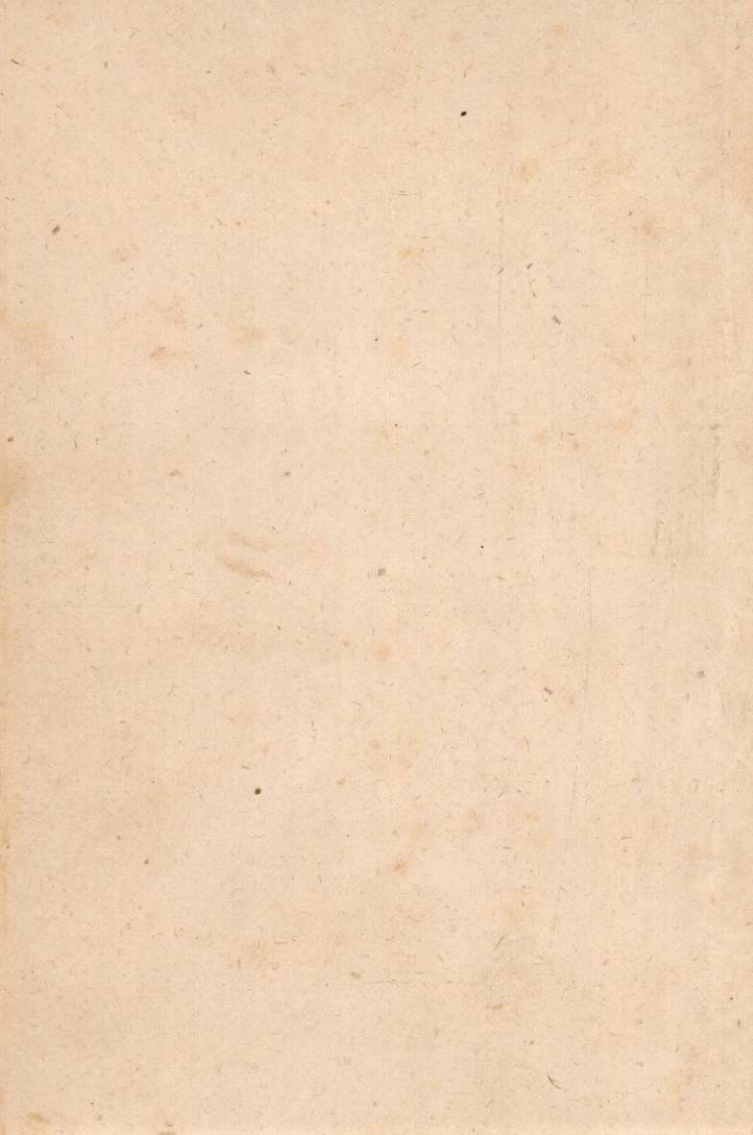


AL/F.5-6

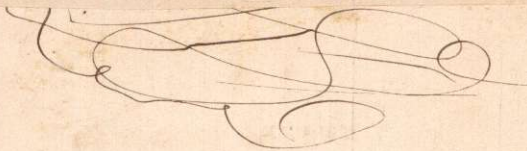






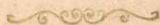






AL/F.5-6

ANGEL, HOMBRE Y DEMONIO.



NOVELA ORIGINAL

DE DON ANTONIO RUBIO.



ALMERIA.



IMPRENTA DEL ECO DEL MEDIODIA,

calle de Elvira, núm. 6.

EL HOMBRE Y BESTIA

por don Antonio Rubio

DE DON ANTONIO RUBIO



ALMENA

IMPRESA DEL ECO DEL MEDIO

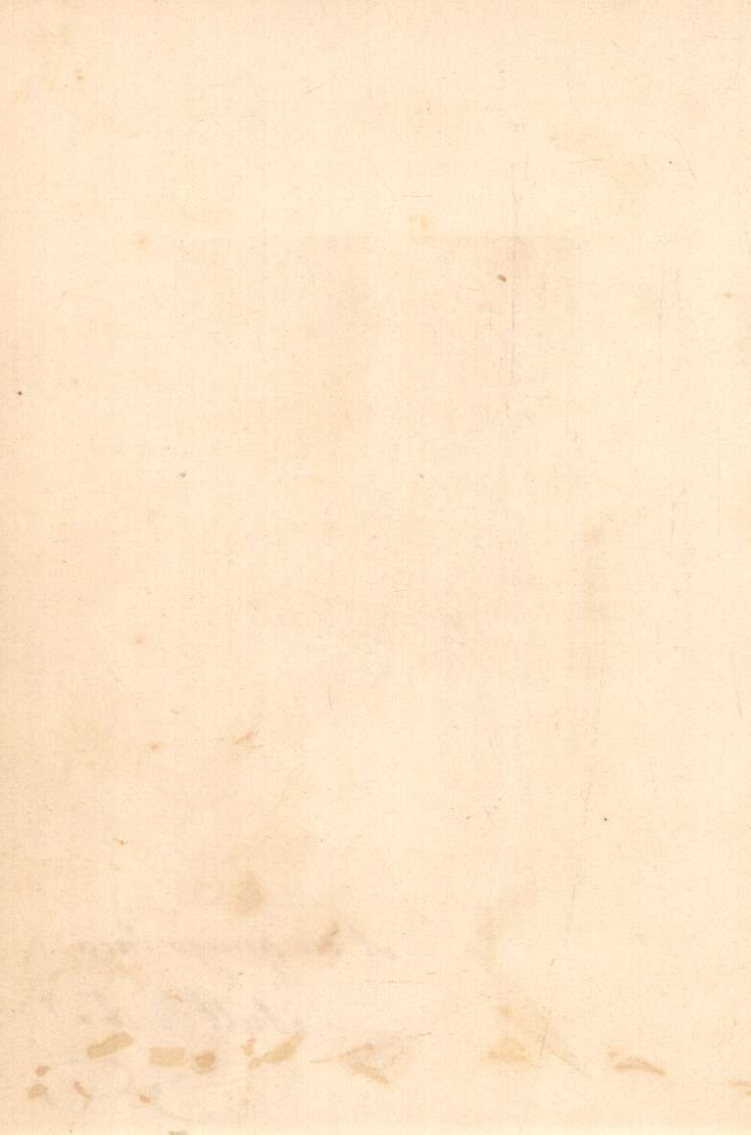
San Felipe, Chile

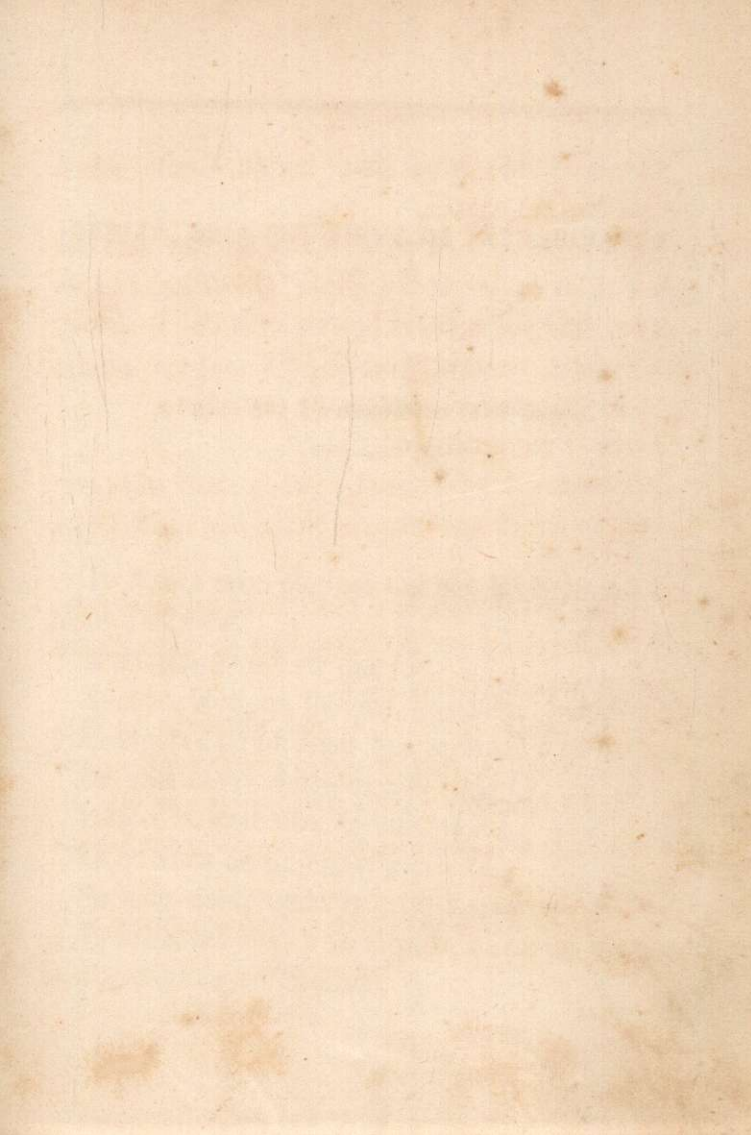


A su amigo Paco

Ant. Rubio







Nicola

DEDICATORIA QUE SIRVE DE INTRODUCCION.



Al Sr. D. Francisco Balonga.



Te dedico estas páginas que son las hojas del árbolde una vida.

Memorias de un ser que fué.

Sueños, vértigos, locuras, ilusiones, indiferencia y desengaños de un alma que se lanzó á su patria.

De un hombre ridículo en el siglo 19.

Esta es la anatomía de un corazon.

La sombra de un espíritu celeste.

No todos comprenderán estas memorias.

No todos ven hoy en un músico, un pintor, un poeta algo mas de un hombre.

Este es el libro de un alma herida escrito sobre las cenizas del pasado.

En él hallaremos en paralelo dos ángeles, uno del cielo otro de la tierra; dos almas, una libre, emancipada, sublime como el pensamiento del Creador, otra esclava, vulgar, limitada por la materia, egoísta, prosáica como el carácter de su siglo.

Léalo el que quiera.

Dos héroes se nos presentan; cada cual elija por predilecto aquel que mas simpatice con sus tendencias.

Yo que te conozco, sé á cual darás tu preferencia, y sé tambien que las líneas que yo escriba no pasarán desapercibidas para tí.

Por lo demás, lloren unos, rian otros con el sarcasmo y la ironía, bostecen estos y duérmanse aquellos, voy á empezar y nada me importa que este débil bosquejo sea, como ha dicho un poeta contemporáneo,

«Con humo escrito en el azul del viento,»

Tuyo siempre,

Antonio.

CAPITULO I.

La casa vieja.



Estamos en Madrid.

Són las doce de la noche.

Se fué un día.

Una arista mas que rueda en el insondable espacio de la ternidad.

Un paso dado hácia la sepultura.

Una flor arrancada de nuestra inteligencia.

Una capa de nieve mas sobre nuestro corazon.

Aborrecible filosofía!...

Nos hallamos en la calle del Arenal en que como en to-

das las calles hay casas viejas y palacios nuevos, alternativa de la miseria y la opulencia, de la pobreza y la vanidad.

Hacia el centro de la calle hay un edificio viejo y ruinoso, que se inclina sobre una casa de rico aspecto, como el mendigo que implora el apoyo del aristócrata que le desdén.

Entremos en el piso principal de la casa pobre.

En una de sus piezas, decorada con decencia, se ven dos personas.

Una mujer vieja y un hombre joven.

Sabido es que en Madrid se vive de noche, y por tanto, no estrañen nuestros lectores que à hora tan avanzada el joven se ocupe en un estudio de piano.

Toca los sueños de Rosellen.

Cada nota, cada tono, cada acorde, cada vibracion hace su efecto en el alma de Adolfo.

No vé, no entiende, no vive mas que para aquella combinacion de armonias que brota à torrentes de sus pulsaciones.

Sueña con el autor, llora con sus notas.

La mujer le mira, le absorve, le envuelve en una de esas miradas inefables de una madre envanecida.

Adolfo cuenta veinte años.

Su semblante, sin ser muy hermoso, encierra todo el

conjunto de idealidad, de dulzura, de pureza, que tan inimitablemente estampaba Murillo en sus vírgenes.

Sus ojos, solo por sus ojos se puede comprender su alma grande, limpia, sublime como el espíritu de las tinieblas antes de que rodara en su imaginacion el aborto de su soberbia.

De repente suspendió su fantasía.

De su espíritu brotó una gota de sangre.

Una lágrima.

La mujer le miraba aún.

De su corazón se exaló un suspiro.

—Hijo mio, exclamò, Adolfo, ¿Qué tienes?

—Nada, madre, nada. No os alijais.

—Oh no, no. No me llames madre. ¿Sabes tú acaso la dulzura, la confianza que ese nombre encierra? Te veo triste, amargado hace dias por un oculto pensamiento que tu corazón esquiva depositar en el mio. Adolfo, sí. Yo que tanto te amo, yo que fuí el blanco de tu primer mirada en el mundo, ¿no seré digna de mitigar tus sufrimientos con mi cariño? Háblame, habla á tu madre que tantas veces veló tu sueño. ¡Ay! ¡entonces todo me lo contabas y ahora!...

—Pues bien, madre mia. Sí, madre mia, no quiero que me negueis ese nombre. Sabed que sufro un dolor intenso, agudo, infinito: dolor mas grande que todos los tormentos

del infierno, porque llena mi alma, y mi alma es grande como la inmensidad.

Amo á una mujer, á un ángel de barro, y sin esperanza, sin consuelo; la adoro mas que á mi vida, mas que á la gloria, como á vos, como puede adorar un ángel la presencia de Dios. Y esta mujer no me puede comprender, porque es un cuerpo vacío, un cuerpo adorable, hermoso como el pensamiento de un niño. La amo con la desesperacion del delirio, con la amargura de los dolores, con el anhelo de lo remoto, con la pureza con que se adora á la Divinidad. ¡Ah! por Dios comprendedme, madre mia, ya que no podais aliviar mi desgracia; esto os lo digo á vos sola. ¿No es verdad que el resto del mundo menospreciaria mi pasion? ¿qué se reiria derramando en mi corazon con su sarcasmo, un veneno, una hiel mucho mas desoladora que sus mismos torments?

— ¡Pobre hijo mio!

— Si, prosiguió Adolfo con su escitacion febril. Si la conocierais! Sus ojos, su cuerpo, su voz, su todo, me abrasa, me eleva, me anonada.

¡Y cuando pienso que pertenece á esa clase indiferente y egoista que no sabe comprender los suspiros de un corazon virgen y puro, que no alienta sino para la vanidad y el egoismo; que ella, ella, la luz de mi existencia se vá á unir

á otro hombre que no la puede amar, que no puede sentir ni una chispa de esta hoguera que me consume!... ¡tan solo por el frío cálculo del nacimiento y de las riquezas!... ¡Que se llamará suya!... ¡que robará con legítimos derechos un beso de aquellos lábios que me enloquecerian con sola una palabra de esperanza que pronunciaran!.. ¿No es verdad que esto es muy cruel, muy cruel?

Y Adolfo lanzó un gemido que desgarrò su corazon. Un gemido de angustia, de celos, de desesperacion.

Su madre lloraba.

—Adolfo, dijo esta. No te atormentes con tus recuerdos, no te complazcas en derramar en mi corazon toda la desolacion que encierran tus palabras. Vive para mí, para mí que ¡quien sabe si mucho tiempo seré el faro de tus ideas! Es verdad, es verdad que el mundo oyéndote te llamaría pobre loco, con escarnio; pero yo te amo, yo te comprendo y sè toda la desventura de tu alma.

—Muy grande, muy grande, madre mia. Esa mujer ignorará siempre mi pasion, y os lo juro. Porque si oyera de su boca una palabra de burla, si viera una sonrisa de menosprecio, me mataria, y yo quiero vivir para vos, para la gloria. ¡Que feliz seria si María me amase! Yo adivinaria sus pensamientos, la haria mi ídolo, besaria la tierra que ella pisara, no sé que haria. ¡Y ese hombre, ese hom-

bre, que tantas veces veo envuelto en sus miradas celestiales!... Soy muy cobarde, yo debo matarle. Oh! pero tal vez lloraria ella, me detestaria, no podria verla mas; y èl como conde reusaria batirse con un simple artista, y tendria que asesinarle y me prenderian, y quien sabe lo que sería de vos, pobre madre de mi alma. Sí; si yo la amo; debo luchar por su felicidad, debo tener abnegacion; si ella me lo rogara con un suspiro, yo le llevaria á sus piès á otro cualquier hombre que amase, aun cuando me costara el sacrificio de mi existencia.

Adolfo lloraba.

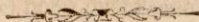
La anciana se levantó y estampo en su frente marchita un beso de dolor y de ternura.

—¡Oh! no llores, exclamò esta enjugando una lágrima que encandenció la megilla de Adolfo. Resignacion y heroismo, hijo mio. Considera qué sería de esta pobre anciano sin tu auxilio ni tu vista.

—Oh! sí, yo trabajaré, seré mas fuerte que mi pasion; veremos quien vence en la lucha, si el corazon ó la cabeza. Estamos en un siglo de cálculo y especulacion, y yo labrarè mi porvenir ahogando las primeras emociones de mi pecho. Es tarde, acostaos, yo voy e estudiar algunas horas. Ya vereis si desmarezco de vos. Buenas noches, madre mia.

La anciana volvió á besar la frente de su hijo, lanzó un suspiro de lo recóndito de su alma de madre y salió.

Adolfo apoyó los codos sobre el piano y quedó absorto, contemplativo, abismado en sus memorias acerbas, en su presente doloroso, en su desesperanzado porvenir.



El palacio nuevo.



Es la una del día.

Estamos en un magnífico gabinete del palacio nuevo contiguo á la casa de Adolfo.

Hay en él dos personas.

Una es María, la hija de un Marqués.

Otra es Alfredo, el hijo de un conde.

María, el ángel de los sueños de Adolfo.

Alfredo, el hombre que emponzoña su existencia.

Ambos, el cielo y el infierno de nuestro artista.

Ambos, la luz y la niebla que gira en su corazón.

Son dos prometidos esposos.

Son dos seres á la moda.

Son dos maniquis del siglo.

María, creación de tierra barnizada con el tinte de la más suprema belleza, del atractivo más irresistible, más arrebatador.

Roca de desengaños y adoración para un alma entusiasta.

Alfredo, el hombre de la aristocracia de la época.

Fátuo, petimetre, envanecido, egoísta, orgulloso, insultante, deslumbrador, sin fé, sin creencias, sin pensamientos, sin corazón, encadenado al escepticismo de su indiferencia.

Oigamos sus palabras.

—María ¡oh! estais guapísima, así en el abandono matutino à la «negligè» con ese pelo tan lánguido, con esa bata digna creación del buen gusto.

—Gracias, gracias, condesito; respondió María con una sonrisa de coquetismo, pero enloquecedora, y al mismo tiempo dirigió una rápida mirada sobre una luna de Venecia que reflejó tranquila y exactamente su adorable imagen.

Estaba convencida de que era el ideal de la hermosura.

Las lisonjas de Alfredo no movían su corazón más que para el orgullo.

Creíase un idólito de diez y siete primaveras, ante quien todos los hombres tenían por irresistible fuerza que

hacer el sacrificio de su corazón.

Era coqueta.

¿Y qué niña de su edad no lo sería con su educación de ese que llaman gran mundo, con sus seis millones de dote, y sobre todo con sus juveniles eneantos, bellos como el sueño de un poeta, puros como la sonrisa de un niño?

Alfredo prosiguió.

—Oh, sí, sí, estáis divina, con vuestros ojos y vuestros cabellos como los de una «ladi,» y esa bata, esa bata tan bien cortada, tan bien puesta! Vuestra modista merece estar un escaloncito sobre mi sastre, que es un perverso desalmado. Estoy furibundo con él, ved María, ved que maldito frac me ha llevado.

Y al mismo tiempo, puesto ante el espejo, con el pulgar izquierdo metido en la sisa del chaleco, se contoneaba luciendo el talle, de la manera mas ridícula que pudiera haber inventado el enemigo mas acérrimo de la dignidad del hombre.

—Pero no es verdad, María? continuó el insoportable «dandi», no es verdad?...

Pero punto redondo, digo yo al lector. Si yo adivinara que te placian las vaciedades, insulceses y necedades de estos entes hermafroditas, aunque à mi pesar acabaria tan insípido diálogo.

¡Cosa extraordinaria!

Una larga conversacion de amantes reducidas à un diario de modas:

Pero, ¡delirio!...

¡De amantes! ¿Saben acaso esos seres lo que es el amor; ese faro de nuestra infancia, ese puerto de nuestra juventud, ese celage diáfano evaporado en los recuerdos de nuestra ancianidad?

¡Y quien sabe si son mas felices con el perasimo de su corazon!...

La conversacion de Maria y Alfredo durò una hora. Hubo en ellas palabras en su totalidad de cálculo y adulacion, miradas abstractas de toda sensacion intima, miradas verdaderamente que nacieron en los ojos, se encendieron y se apagaron en ellos, sin hacer otro efecto que el de refinar la coqueteria en el alambique del amor propio.

¡Oh! y cuantos siglos de suprema felicidad hubiera dado Adolfo por cada una de aquellas miradas, que aunque ficticias, lo hubieran absorvido, sin conocerlo, à un cielo de mas encantos que el descrito por el profeta [del Koran.

En fin, Maria y Alfredo, hablaron últimamente de su union, con la impasibilidad de un matemático, que sobre su papel dice: 6 millones y 7 millones son 13 millones. O con la vaguedad de un pintorcillo, que copiando un escudo de ar-

mas dijera: á tal cuartel, harian gracia tales y tal es armas añadidas.

Ni uno de esos castillos en el aire para el porvenir, tan nacarados, tan dulces, tan mágicos y risueños.

Cuando el conde se preparaba para salir, entrò un ayuda de cámara:

—El maestro de piano, dijo, y á poco se presentò Adolfo, trèmulo, pálido de amor y celos; de adoracion y envidia.

Cuando el conde traspasaba el umbral, improvisando contorsiones y saludos tras-pirináicos, despues de haber estrechado entre las suyas la mano que le tendió Maria por urbanidad, ardian las miradas de Adolfo. Un pensamiento desgarrador brotò en su alma: han estado solos y se aman.

Hubiera dado gustoso su existeneia, por ver á aquel hombre parecer, aniquilarse, volverse pavesas.

Entrò una doncella.

No es decoroso que la hija del marquès se halle sola un momento con un hombre, que miraria la menor palabra, el menor suspiro impuro de su pecho, como una blasfemia como una profanacion hecha á Dios.

¡Qué educacion! que provision tan sublime la de la alta sociedad!

—Buenos dias, maestro, dijo Maria con una afabilidad

bastante cortesana. ¿Qué me traéis de nuevo?

Adolfo se había repuesto de su emoción, al verse tratado cumplidamente por la mujer que adoraba. Estaba hermoso con su expresión de amor, de súplica, de desolación. Sus sensaciones se reflejaban en su semblante.

A no haber sido tan indiferente para María, esta, con la sola penetración de mujer, y de mujer coqueta, hubiera adivinado tanta adoración.

—Os traigo una pieza sublime, una melodía arrebatadora. Los sueños de Rosellen.

—¿Los tocaréis antes de ponérmelos?

—Con mucho placer: y dirigiéndose al piano le abrió, sentóse y preparóse para tocar.

María estaba á su lado, reclinada sobre el piano, hermosa como una alborada, aérea como una ilusión, como un fantasma de amores, con la languidez del crepúsculo, con la pureza del cielo.

Las ondas de su traje se reclinaban sobre el costado de Adolfo.

Este estaba loco, no quería pensar y no pensaba, no vivía en el mundo, no recordaba el pasado, no creía en el porvenir, solo existía para un minuto, para la fugacidad de un presente ilusorio, que su alma de poeta divinizaba.

Empezó un prelude improvisado.

No lo hubiera menospreciado Bellini.

Uno de esos preludios que predisponen al alma para envolverse en un torrente de armonías.

Una originalidad se ofrecía en María; aquella mujer solo tenia alma para la música, en aquel corazon era una tiniebla cualquiera emocion poética; pero comprendia la música, y lo que es mas extraordinario, su vaguedad se fijaba con el estudio de una pieza melancólica.

A medida que las suspirantes notas se escapaban de los dedos de Adolfo, brotaba un alma en aquel cuerpo vacío.

Un alma que entonces tal vez hubiera sentido.

Adolfo concluyó.

Estaba ébrio de enagenacion.

Adivinaba á María.

La envolvía en sus miradas.

Sus labios murmuraban un beso á aquel espíritu naciente, que él creyó duradero.

Entonces la amaba mucho mas que á su salvacion.

Iba á abrir su pecho, queria llorar, suspirar, reir, arrojarse á los piés de María y decirla. — Yo te adoro.

Y una sombra oscureció su razon.

Aquello fué un relámpago momentáneo.

Es menos amarga la incertidumbre que el desengaño.

Adolfo triunfó de su corazon.

María ya no le tenia.

Con la última nota se volaron las alboradas de sus nacientes emociones.

Sus sentimientos estaban en el marasmo y la inaccion.

Era otra vez María.

Era el ángel de barro.

Era una estatua vacía, pero angelical, una estatua en que el supremo Artífice, habia agotado el cúmulo de su sabiduría.

La leccion fué breve.

María iba á hacer visitas.

Adolfo la vió otra vez indiferente; pero la veia y la adoraba, porque su corazon estaba encadenado con esa fuerza espontánea, irresistible del primer amor.

Se abrió la puerta y entró el marqués.

Despues de haber saludado afablemente à nuestro artista, dijo:

—¿Sabeis, caro maestro, nuestra próxima partida de la córte?

Adolfo quedó petrificado.

Aunque sin esperanza, amaba con delirio, y en medio de este, jamás pudo forjar un tormento, ni uu golpe mas cruel que el de sus celos.

No habia pensado en la ausencia.

—Pues sí, prosiguió el padre de María. Marchamos dentro de cuatro ó cinco dias; pasado mañana debe efectuarse el enlace de mi hija con el condesito, y marchamos ambas familias por todo el verano á una quinta que poseen los condes en Andalucía.

Adolfo esprimia su corazon.

Una sonrisa mas amarga que todas las lágrimas de la desesperacion, asomó á sus lábios.

Era necesario fingir.

Y fingir alegría.

¡Qué importa que esté el alma estrujando todo el veneno de la desventura!

—Pues siendo tal la causa que me prive de una discípula que me dà tanto honor, no tengo motivo para sentirla; repuse Adolfo.

—¡Oh! yo si lo siento, mi hija aventajaba bastante; pero ¿cómo ha de ser? El marido desea pasar la luna de miel bajo las enramadas poéticas de Andalucía.

—Yo me alegro, con toda el alma, de tal felicidad.

María habia salido del gabinete.

—Gracias, gracias. Tomad.

Y el marqués entregó á Adolfo una moneda de oro que queria decirle—mata tu corazon—llora por siempre—no verás mas á tu arcángel de pureza.

Aquella moneda era el interés mezquino que tanto odiaba.

¿Pero como no aceptarla?

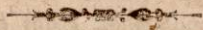
Tenia una madre.

Con su negativa hubiera dado sospechas.

Adolfo se despidió del marquès.

Cuando salió ardia un infierno en su cabeza.

Una montaña de hielo pesaba sobre su corazon.



III.

Nuevos dolores.



La señora Cecilia á su hijo Adolfo.

Ontaneda 30 de Junio.

Hijo mio: estoy muy mala. Estos baños me han surtido un fatal efecto. Quiera Dios que despues del sacrificio que haces por mi curacion, no quedes solo en el mundo.

Estoy peor; pero tengo mucha esperanza. ¡Oh! si te pudiera ver! Todos los dias ruego á Dios por que no me llame á su seno sin haberte vuelto á abrazar.

A Dios; ten confianza, y ve si puedes venir aun cuando sea por una hora. Tu madre.—Cecilia.

Adolfo á su madre.

Madrid 4 de Julio.

Mi adorada madre: el dia 8 tendré el placer de abrazarla. Esta noche es probable que salga para Burgos, desde donde pasaré á Ontaneda. Estoy en un cruel sobresalto por sus noticias. Mi mejor, mi único amigo Carlos, me reemplazará en las lecciones. Yo he pasado unas calenturillas, nada. Las familias del conde y de Maria se han vuelto hace cinco dias, pues dan la preferencia á la Granja. Los esposos han quedado solos en su quinta cerca de Sevilla. Nada mas me ocurre; quiera Dios que os podais venir conmigo. No será posible que la muerte me arrebathe la única persona que me amó en el mundo, cuando mas necesito de su amor y sus consejos. Sufro mucho.

A Dios, madre mia, tan impaciente como vos contaré los minutos que se retarde nuestra entrevista.—Adolfo.

Ontaneda 11 de Julio.

Carlos: compadéceme con todo tu corazon. Soy totalmente huérfano. Ay! tu no sabes lo que es el último beso de una madre querida. Yo la vi espirar. He rogado por su vida á Dios con todo el inmenso fervor de un alma desolada hasta lo infinito: perdóname, pero ya no dudo, sinó reniego de la providencia. No me consueles, no trates de interpretar los juicios de Dios, diciéndome como vulgarmente.—No convendria su vida.—Esas son las pruebas á que so-

mete Dios tu corazón —No, no me digas eso. Mi corazón sucumbe à tales pruebas. ¿Porqué Dios al formarle no le dotó de toda aquella fuerza de resignación que en vano anhela y busca? Dios mismo es el que me lanza al precipicio. No tengo valor. Necesito fé, mucha fé, yo no he pedido à Dios nada que no me convenga. Léra la vida de mi madre, de mi madre santa y querida. Serán pruebas estas, cuyo galardón será otra vida menos efimera, mas grande, digna del alma que abriga siempre un deseo insaciable; pero para obtener la recompensa es necesario perseverar en la fortaleza, que es tambien un don del cielo, y el cielo me ha negado este don. No soy culpable de mi locura. Yo habia visto el mundo bajo el aspecto mas fascinador; lo ví con los ojos del alma à través de un cristal muy nacarado, muy risueño. El rudo cambio que sufro no es soportable. Tu tambien tienes un alma de artista. Comprende mis dolores. Tu eres un verdadero amigo. Lloro mis penas, mas no trates de consolarme. Existen pesares para los que la menor palabra de consuelo es un sarcasmo horrible. Mi alma está herida, traspasada y enconada. Su herida no brota sangre. Las lágrimas se me niegan. Solo mi corazón exprime la ponzoña. No espero al tiempo. El tiempo es un imperfecto opio del alma. Ay! mi dolor será eterno. ¡Pobre madre mia! ¡ya no la veré mas!.....

A Dios, Carlos: mañana mismo salgo para esa y te libraré de la carga que te has impuesto por tu amigo.—Adolfo.

Diez dias despues de escrita esta carta, Adolfo hablaba de esta manera à su casera de la calle del Arenal.

—Tomad, señora Dolores, cobraos los dos meses de alquiler del cuarto.

—Ved, señor Adolfo, que estamos á veinte y uno y el pasado no corre prisa.

—Cobraos, cobraos, he pensado dejarle.

—¡Cuanto lo siento! ¡ah! ya se ve, quereis otro mas reducido y que no os presente estos recuerdos. ¡Pobre señora mia! ¡Tan buena!... Mas, callad. Se me ocurre un medio para no perder un inquilino que casi vi nacer. ¿Quereis acomodaros en el cuarto tercero? Tiene tres piezas muy bonitas.

—No, señora Dolores, Es que me voy de Madrid.

—Cómo, ¿cómo es eso? Despues de tan bien establecido y relacionado, despues que dais lección à las hijas de los marqueses y condes, y que ganais, como decia vuestra madre, mas de 70 pesos al mes, ¿quereis ir á probar fortuna á otro país? ¿dónde le hallareis mejor avenida con vos?

—Señora, estais muy engañada. No me queda una sola leccion, no cuento con el menor arbitrio de subsistencia... Un hombre á quien yo tenia por mi mejor amigo, prevaleciéndose de mi marcha à Ontaneda y llevado de una des-

preciable envidia y un vil egoísmo, me ha desopinado enteramente, atrayéndose mis discípulos y destituyéndome de mis relaciones.

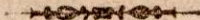
— Ah! malvado! malvado! ¿Y qué vais á hacer por esos mundos? Quedaos conmigo, que no os faltará un solo dia un pedazo de pan, y mientras, podreis adquirir nuevas relaciones.

— Gracias, gracias, yo os vivirè reconocido por tan generosa intencion, pero estoy resuelto. Detesto á Madrid. Tengo ya vendido mi piano y mi ajuar, y con su importe podre vivir en cualquier provincia hasta crearme una nueva situacion.

.....

Dos dias despues de la anterior conversacion, en el piso principal de la casa pobre de la calle del Arenal, se veia cédula de alquiler.

Adolfo no estaba en Madrid.



IV.

Estractos de un diario.



Cádiz.

Dia 16 de Setiembre de 18.....

Hace catorce meses que sali de Madrid.

¡Què hermoso es mi presente! qué á la moda! ¡Que ridículo mi pasado! ¡Que necio fuè mi romanticismo!

Riamos.

Mi subsistencia està asegurada.

¡Què feliz soy!

20 de diciembre.

Bendito sea el vino.

¡Cuántos amigos!

Esta es la verdadera vida.

¡Qué hermoso es un baile!

Luisa delira por mí.

Creo que era el núm. 13.

Bendito sea el dinero.

Fui un idiota,

Tantas lágrimas pasadas, tantos suspiros por una mirada, mientras que ahora cien mujeres tan hermosas como aquella, y con tanta alma como ella, se disputarian hasta matarse, un napoleon de mi bolsillo y un beso de mi boca.

Qué estúpido fui.

Viva el vino, viva mi nuevo método, vivan las orgias.

.....
1.º de Febrero de 1851.

He estado de broma toda la noche con cinco amigos.

Habia seis mujeres tambien cuyo co razon teniamos comprado.

Esta es una degradacion, pero repugna mas la quijoteria de mi pasado.

El licor me hizo desvanecer en sus vapores mis recuerdos.

¡Qué cuadro tan al uso!

16 de Febrero.

Número 13.

¡Pobre Luisa!

¿Y acaso serè yo el que tenga compasion de un alma despedazada?

¿Quièn se condolió de mí desventura?

¡Trece corazones secos!

¡Trece desvanecidos ensueños!

¡Trece burladas esperanzas!

Eso es muy despreciable.

¿Que placer me dá la venganza?

Una venganza del género humano.

Luisa tiene un alma como fué la mia.

¡Desdichada!

Me adoraba.

No vislumbraba un átomo de mi falsedad y mi encono.

Esta noche me ha recibido en su cuarto.

He estado hasta la madrugada solo con ella.

Estaba hermosa con sus diez y seis años, su amorosa enagenacion, su languidéz, su abandono.

Puedo nombrarla reina de las trece.

Me ha hecho jurar que se yo cuantas veces...

¡Pobres mujeres!

¡Cómo si costara un ímprobo trabajo pronunciar algunas palabras!

¡Como si en este siglo fueran de algún valor esas protestas religiosas!

Del juramento se ha hecho una especulación.

Yo le juré.

En su loca inteligencia, antes de una semana, serán eternos nuestros vínculos.

Pero no será.

He recibido mucho daño.

Me resta aun mucha venganza,

Me complaceré en ser el génio del mal del género humano.

Ya sé fingir muy bien.

Si hubiera acabado mi carrera de guerra, tal vez no pasaria de Luisa.

¡Pobre niña!

Mas ¿quién me ha dicho que no me imita, que no finge?

Tal vez su corazon se halla halagado con la idea de aprisionarme en unas redes ya quizá profanadas.

Desprecio.

A buscar el número 14.

No la volveré á ver.

18 de Febrero á las dos de la madrugada.

¡Buen lance!

La maldita criada nos vendió.

He muerto al hermano de Luisa.

Eran las once, cuando me salió un hombre al encuentro.

Era él.

El desdichado estaba ciego de cólera, de desesperacion.

Era sabedor de su deshonor, amaba mucho á Luisa.

Me insultò sin descubrirse, me apostrofó; al fin me insinuó la causa de su ódio. Sacó un estoque al escuchar mis disculpas irónicas, tratò de pasarme, pero por carambola se pasó èl con el plomo de una de mis pistolas.

¡Buen viaje!

Va un hombre.

Cárlos me vendió infamemente.

La noche es de tormenta y aguacero, y nadie me ha descubierto.

No creo que el pobre hombre pueda tomarse la molestia de delatarme.

Oraré por su alma, Dios hace mucho caso de mis oraciones.

¡Pobre Luisa!

Yo amaré su felicidad, yo comprenderé su dolor, co-

mo una mujer amó la mia, como comprendi ó mis suspiros.

Yo tendré para con ella la misma abnegacion de amistad que conmigo usaron.


¡Pobre mujer, será tan feliz como yo.

.....



V.

Una noche de teatro.



Han pasado seis años desde la salida de Adolfo de Madrid y cinco desde que copiamos la desconsoladoras páginas de su diario.

Adolfo cuenta veinte años de ángel y seis de demonio.

La pura luz de su espíritu se estinguió.

Su alma es tan insondable como el vacío de la inmensidad.

Combatió contra su corazón de una manera desesperada.

Las armas fueron sus recuerdos.

De las heridas surgieron el sarcasmo, la ironía, el odio, el estoicismo, el hastío, la desesperacion y la duda.

Y en fuerza de emanaciones tan heladas, su corazón

quedó como la piedra de un sepulcro, bajo la que reposaban muertos sus angelicales sentimientos.

Se fué el jóven todo esencia, todo luz, todo entusiasmo.

Ahora es un hombre que demuestra treinta y cinco años, con nacientes prematuras canas, con los ojos hundidos, las formas estragadas, el pensamiento apático, el pecho vacío, enervada el alma.

Ya no es el jóven que derrama lágrimas al compás de una melodía melancolica, ya no es el poeta de corazon, de inspiracion dulce y espontánea, sino el hombre que oye una armonía de Bellini, Wever, Donicetti ó Rossini, como pudiera oír otro ruido cualquiera, sin llorar ni reír, sin suspirar ni alegrarse; que anda siempre abstraído, que se burla de toda emocion y afecto, que solo despierta su imaginacion, entre los vapores de una inmunda bacanal, que cifra su esmero en su vestido, que sigue todas las vaguedades de la sociedad, y mimado de las mujeres, derrama por doquiera la ponzoña de su helado hastío.

Jóven en la materia, viejo en el espíritu, era, como dijo Byron, una tumba de cieno.

Pero así como en noche encapotada de negras nubes se ve la luna romper alguna de ellas, vertiendo sus resplandores con cándida dulzura, así de entre el lodazal inmenso é impuro del alma de Adolfo, se veía brotar de

vez en cuando una imàgen immaculada, vaga, diáfana y celeste.

Era el fantasma de aquella mujer que tanto amó.

La sombra de María, que le arrebatava á la perdida idealidad.

Pero aquello no era mas que un relámpago.

Era un meteoro que el vino apagaba.

Y devorado por su hastío queria renacer; deseaba emociones, aunque le desgarraran mil veces el corazon.

Tendió la vista por el erial de su porvenir, y un pensamiento salvador brotó en su cabeza.

Pensó en el suicidio y acarició esta idea friamente en medio de su letargo, con la misma impasibilidad conque pudiera haber pensado en cambiar de guantes.

Pero habia comprendido al mundo y pensar así era una nueva quijotería, era una anticuada ridiculèz.

Pensò en el matrimonio.

¡Oh! quién sabe, decia, si podré encontrar, sinó una mujer que llene mi alma, al menos una jóven cuyo amor logre hacer cesar en ella la orfandad à que la condena mi destino? una mujer que dulcifique mi soledad, que habra nuevo campo á mi vida!

Y su imaginacion calenturienta se forjaba el encanto de los cuadros domésticos, y veia saltar sobre sus rodillas al

hijo tierno que jugaba con sus cabellos y que besaba su rostro marchito, y envidiaba entonces la paz del hogar mas pobre y mas olvidado, y él que habia soñado con la gloria, anhelaba pasar sobre la tierra como pasa casi toda la humanidad, sin dejar otro rastro de su nombre que una página en el libro de una iglesia y un doloroso recuerdo que vá atenuándose y al cabo se estingue con su familia.

Pero entonces tambien se levantaba en su mente la imágen de María.

El no podia soportar la acusacion constante de una mujer que con sus caricias reclamara con legitimo derecho su amor.

Habia conocido muchas mugeres y las despreciaba moralmente á todas.

No podia ya ni aun fingir amor.

Náufrago en el oceano de la vida estaba condenado á soportarla como planta parásita en el desierto, sin una gota de rocío que refrescara su alma.

Se habia enriquecido en el juego.

Un azar de su fortuna le habia robado su corazon.

Otro azar le habia dado en pocos dias algunos miles de duros que él derrochaba sin descanso en constantes orgias, que se le hicieron ya monòtonas é insoportables.

Vivia vagando sobre la tierra, fatigado en su peregrina-

cion y maldiciendo su destino, que le condenaba à andar, à andar siempre sin descubrir el término de su viaje.

Tal es el Adolfo de ahora.

.....

.....

Lucie de Lamemoor.

¡Qué hermosa es esta creacion de Donicetti.

Desde la irritada espresion del duo del desafio, hasta la desolacion de las notas del ària final, cuánta belleza, cuánta filosofia en aquella música divina y conmovedora!

Si Bellina con su Norma nos enseñò á levantarnos á lo infinito en los giros de una vibracion, Donicetti con su «Lucie» encarna con sus acordes en nuestra alma toda la sublimidad de su pensamiento, y nos hace soñar y amar y aborrecer y desesperar como los personajes á quienes dieron vida los arranques de su fantasia.

.....

«Lucie de Lamemoor» se ejecutaba en un teatro de Sevilla.

En uno de los palcos habia dos personas.

Dos personas desconocidas al resto de la sociedad allí reunida.

Un hombre y una mujer.

Adolfo y una pobre jóven arrancada transitoriamente

del cieno de su existencia, por aquel hombre encenagado.

Era Adolfo elegante, aunque descuidadamente vestido. Adolfo en cuya frente se reflejaba su decaimiento, y en cuyos ojos se pintaba su eterna amargura, mientras en sus labios vagaba de continuo una sonrisa de insulto y de sarcasmo.

La mujer que le acompañaba tendría 18 años. Todavía en ella no había logrado grabar el vicio su denunciador estigma y ni en su belleza, ni en sus modales, ni en su apostura, ni en su vestido hubiera encontrado nadie el sello oculto de su destino.

Adolfo la había sustraído, hacía pocos días, de la voracidad de los demás hombres, y pagaba con su oro un minuto menos de tedio, entre los muchos minutos de desencanto por que atravesaba. No amaba, ni mucho menos á aquella mujer comprada, como se compra cualquiera otra mercancía; por mas que ella se esforzaba en despertar su corazón, solo conseguía recibir en cambio de sus calculados alhagos un beso helado de aquellos labios que humedecía el vino, y una moneda de aquellas monedas que despues crispaba el aburrimiento.

Habían venido de Cádiz en aquel mismo día sin otro objeto, de parte de Adolfo, que el de gastar un dinero que á

tan poca costa habia rodado á sus bolsillos.

Desde que se presentaron en el teatro, él habia tomado una aptitud indiferente y descuidada, y ella, al verse por primera vez sin duda colocada en un sitio que había estado siempre fuera del alcance de su bajeza, ella que se veia resplandecer entre mil bellezas, que sin duda no descubrian la mancha en su frente, ella sintió crecer una aspiracion en su alma, ella quiso identificarse con los seres mas puros que la rodeaban, ella queria entonces amar, y amaba la virtud, una virtud que le propocionara salir del fango en que habia empezado à arrastrarse, para poderse colocar rescatada y tranquila entre las demás mujeres que eclipsaba con su belleza y con su juventud.

Habia empezado la representacion.

Cantaban admirablemente la òpera.

Adolfo, distraido como siempre, apenas percibia aquellas notas armoniosas, aquellas cadencias sublimes que en otro tiempo le hubieran arrebatado.

Ahora jugaba con los dijes de su relój.

El palco contiguo al suyo estaba desocupado.

Empezaban á cantar el cuartetito del primer acto.

«Chi haffrena il mio furore»

«Lucie,» víctima de un engaño, acababa de firmar su

contrato matrimonial con el príncipe, cuando su amante se presentó irritado de su debilidad.

A este tiempo en el palco que habia estado vacío junto al de Adolfo, entraron tres personas.

Eran una mujer y dos hombres.

Apesar de la intempestiva aparición, muchos gemelos se dirigieron á ellos, y entre los espectadores cruzáronse «sotto voce» ligeros diálogos.

—Es guapa.

—Divina, encantadora.

—Por una mujer como esa seria yo un héroe.

—¡Qué elegancia! ¡qué talle! que cara ¡sobre todo qué cara!

¡Qué feliz es M...

—No me gusta el prendido que trae.

—Es muy orgullosa y muy tonta.

—No deja de hacerse visible!

—¡Eduardo la dirige los gemelos! ¡pèrfido!

Estas últimas que hablaban, como se comprende, eran mujeres.

Adolfo no habia podido dejar de ver aquella aparición.

Se habia colocado frente á sus ojos la mujer que habia producido aquel incidente.

La vió y quedó pálido.

Mas pálido que un cadáver.

Un estremecimiento convulsivo vibró en todo su cuerpo.

Toda su sangre afluyó repentinamente al corazon, cuyos latidos hacian temblar su ser.

Quería devorarla con su volcánica mirada.

Su lábio temblaba, parecia que habia sufrido los efectos de una corriente eléctrica.

Aqnella mujer era Maria.

María radiante de belleza, de encantos y de atractivo.

María en el lleno de su vida y de su juventud.

Habian pasado seis años que habian servido en ella para fijar la vaguedad de las formas y contornear aún mas delicadamente sus facciones.

Parecia que circundaba su frente la aureola de la virginidad.

Era el ideal de la hermosura, un ángel digno solo de un amor como el del jóven de la calle del Arenal.

Habia mirado indiferentemente á Adolfo. No le habia conocido sin duda.

Seis años de angustia , de desolacion, de estravios, de azares, de degradacion y de abandono lo garantizaban.

Seis años que se plegaron repentinamente en el alma de nuestro jóven, en medio de la cual resplandeciò brillante una memoria como el sol al romper las negras sombras

que le ocultan.

Todo su pasado le pareció vaga reminiscencia de una fiebre.

Empezó à soñar de nuevo, pero un sueño tan repentino, tan embriagador, tan magnético, que le absorbía todas sus facultades.

En tanto Maria hablaba afablemente con uno de los que le acompañaban.

El otro era su marido.

El conde, siempre pedante y fátuo que enfilaba sus gemelos, de uno en otro palco con el mayor descaro y la mas vaga desenvoltura.

Concluido el acto, Maria quedó sola con el jóven que la acompañaba y Adolfo pudo notar la interesante confianza con que era tratado aquel hombre por parte de Maria.

En tanto nuestro artista volvía en sí y empezaba á comprender la nueva amargura de su situacion.

Cuando el alma se halla embotada, inerte, deseamos con ansia una emocion.

Una emocion aunque sea para destrozar nuestro espíritu.

El dolor tiene tambien su goce.

Es preferible sentir el corazon revolverse en medio de la hiel que le comprime, que no tocarlo y no sentirle palpar.

Así que, Adolfo gozaba en su nuevo dolor.

Pero un goce de condenado.

Habia renacido en un minuto.

En un minuto se habian agolpado en su mente todos los sinsabores de su vida y se entretenia en hacerlos pasar por su imaginacion, como negra fantasmagoria, mientras él retorcia su corazon.

Aquella muger habia sido su cielo y su infierno, su ángel y su demonio, su encauto y su desesperacion.

Y hoy estaba á mas distancia aun de sus sueños.

Cuando pudo pensar, pensó y su cerebro calenturiento, forjó mil cuadros horribles.

Aquella muger habia perdido el ideal de su pureza!

Aqueila muger estrecharia contra su corazon á un hombre aborrecido!

Aquella muger compartiria con él su tálamo!

Aquellaa muger seria la madre de sus hijos!

Adolfo se levantó bruscamente, y sin ver siquiera á la pobre jóven que le acompañaba, salió precipitadamente del palco.

Voló á la calle, tremulo, delirante, comprimido.

Anduvo sin descanso, y llegó á orillas del Guadalquivir.

La noche era serena y espléndida de luz.

Brillaba la luna en los campos del cielo, como el faro misterioso del amor.

Dormia la naturaleza.

Solo las brisas benchidas de azahar, agitaban blandamente los árboles de la ribera.

Las aguas del rio se deslizaban calladas y mansas, y en sus cristales cabrilleaba la luna asemejándolas á una mòvil cinta de plata bordada sobre un fondo de fresca verdura.

De vez en cuando una barca se deslizaba pausadamente sobre la superficie, los remos hacian saltar de ella un reguero de luz fosfòrica y el soñoliento canto del pescador interrumpia un instante el solemne silencio de la creacion.

Adolfo habia llegado á la orilla.

Aun no se habia dado razon de su carrera.

Su primer pensamiento fué arrojarse en las tranquilas aguas del rio.

Un movimiento instintivo inclinó rápidamente su cuerpo.

Pero de pronto se contuvo.

Descubrió su cabeza y apartó de su frente sudorosa los desordenados cabellos.

Clavó sus ojos en la nada de lo infinito.

Su cerebro delirante fué asaltado súbitamente de una idea y exclamó con voz convulsiva.

—Ese es su dectino y el mio.

Y como el hombre que acaba de tomar una decisiva resolución, apartòse de aquel parage y se volvió al teatro.

.....

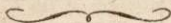
Tres horas despues un barco resbalaba siguiendo la corriente del Guadalquivir.

La negra cabellera de humo que se tendia en el espacio, hacia conocer que era un vapor.

Iba con rumbo á Cádiz.

En el alcázar se veian dos personas, abismada cada una en el oceano de sus pensamientos.

Eran Adolfo y la desdichada jóven que vimos con él.



VI.

La granja.

A dos leguas de Sevilla, é inmediata à Alcalá de Guadaira, veíase una quinta de recreo.

Era una mansion construida para el placer.

Era un campo estenso, donde se veian toda clase de vegetales, desde las vigorosas plantas del ecuador hasta los robustos árboles de las regiones polares.

Parterres, glorietas, bóbedas, saltadores, estanques, mecatas de vegetacion, bancos rústicos, estátuas, en fin cuanto la naturaleza modificada por el arte, puede reunir para hacer un paraiso de delicias, todo se hallaba allí dispuesto con el mejor órden.

La vista se embelesaba en presencia de tanta maravilla.

La vida se vigorizaba al aspirar las brisas henchidas de azahar y de rosa que se emanaban de aquel delicioso pensil.

Y en medio de los vergeles, rodeada por una alfombra de verdura se elevaba, una casa blanca, de una arquitectura aerea y risueña, mansion de encantos y de poesía.

Una casa que semejaba de lejos á una paloma en medio de la pradera.

Era el nido del amor, medio oculto entre la arboleda.

En aquella granja es donde Maria pasaba el verano.

Era el mes de Junio; tres dias despues de aquella noche en que la vimos en el teatro de Sevilla.

Penetremos en aquella casa.

En una habitacion, amueblada al gusto oriental, se hallaba la esposa del conde, reclinada sobre un divan y leyendo.

Abriose una puerta y en ella apareció la doncella de Maria.

—Señorita, dijo, hay ahí un forastero que dice que tiene que hablaros.

—¿No lo conoces?

—No señora; le veo por primera vez y se muestra insistente en presentarse ante vos.

—Que entre.

Un minuto despues penetró en la estancia Adolfo.

Adolfo vestido muy modestamente.

Estaba muy pálido.

Un movimiento nervioso contraia ligeramente sus músculos; pero su ademan era decidido.

Se veia en él al hombre que hacia un esfuerzo violento sobre si mismo, para llevar á cabo una inalterable resolucion.

María levantó apenas la cabeza.

Adolfo saludò con voz un poco trèmula y despues dijo:

—Vos sin duda no me conocereis ya?

María se fijò un momento.

Un poco mas que hubiera durado aquella mirada y hubiera descompuesto los planes de nuestro artista.

Este se inmutó un tanto; pero logró dominarse.

—No recuerdo.... dijo María con indiferencia.

—No es fácil; han pasado mas de seis años, en los cuales se han obrado grandes cambios en mí. No es fácil, y sin embargo, me visteis todos los dias por espacio de ocho meses.

María volvió á fijarse en aquella mortal fisonomía.

Guardaba una remota reminiscencia de ella, pero no acababa de recordarla.

-¿No os acordais, repuso Adolfo de vuestro maestro de piano?

¡Ah! sí, contestó Maria con displicencia; es verdad.

Aquella frialdad, aquel orgullo, rebelaba el corazón altivo de Adolfo, que sostenía dentro de sí mismo una lucha desesperada.

—¿Y que os trae por aquí? añadió Maria.

—Señora, la fatalidad de mi destino, exclamó Adolfo con vigor.

—¿Cómo? esplicaos?

Y al mismo tiempo, con un ademán, señaló á aquel hombre una poltrona para que se sentara.

Adolfo, obedeció maquinalmente y luego añadió con voz temblorosa.

—Sí, la fatalidad de mi destino. Mi historia es muy menguada para que yo quiera cansar con ella vuestros oídos. La desgracia me persigue y vengo á que me procureis una egida contra los azares de mi suerte. Yo confío en ello.

—No os entiendo.

—Vengo á solicitar una plaza en vuestra servidumbre.

—Cómo! exclamó Maria con estrañeza, pues y vuestros conocimientos musicales?

—De ellos depende mi desgracia, mi infinita desgracia, mi martirio eterno, y yo reniego de ellos y quiero vivir tan oscurecido como pueda proporcionarme la posición que solicito.

—Es bien extraño, vos que érais tan buen maestro, y que teníais en Madrid una posicion tan desahogada é independiente!....

—Ah! no hablemos de aquellos tiempos. Os digo que mi historia es muy negra, muy sombría; he recorrido pueblos y pueblos, la posicion que allí perdí no he podido volver á hallarla en ninguna parte, he hecho esfuerzos supremos; sobran los maestros de música donde quiera, y cansado de batallar con mi destino, vengo á exigir de vos que me saqueis de la penosa situacion....

Adolfo no concluyó.

Mentia y conocia que su mentira le rebajaba.

Però era necesario mentir para realizar sus planes.

Habia tomado una firme resolucion, con toda la energia de que es capaz un alma desesperada, y para conseguir su intento necesitaba hacer traicion á su altivez é independencia.

—Vos os entendereis, contestò Maria; yo respeto el móvil que os haya podido impulsar á esta resolucion, me duele de ella y al mismo tiempo me complazco en poder ser útil à mi maestro. Hace cinco dias que marchó á Barcelona un jóven que me servia de secretario. ¿Os conviene su plaza?

—Me conviene todo, señora, y mas un puesto que, en

algun modo me segregaba del resto de la servidumbre. Yo os lo agradezco.

—Pues desde hoy podeis quedar instalado. Yo os trataré como un amigo.

A este tiempo penetró en la habitacion una niña como de cinco años, rubia como un querubin, bella, riante, alegre y juguetona.

Corrió hácia Maria, saltó sobre el divan y exclamó con esa voz vibrante y angelical de la inocencia.

—Mamá, ¿cuando vendrá mi papá de Sevilla? Me va à traer un cochecito y yo quiero que venga pronto.

Todo lo tenia premeditado Adolfo.

Se habia anticipado à prevenirse contra el mas remoto incidente; pero ignoraba que Maria fuese madre.

Así es, que su corazon se comprimió dolorosamente al ver el fruto de un amor à él robado, en aquella criatura inocente que era para él un demonio de tormentos.

Quedó un instante sin accion y esprimiendo de nuevo la hiel en su pecho.

Logró despues reponerse y vencer los impulsos de su corazon.

¡Hacia tanto tiempo que fingia! Oh! pero nunca habia tenido que sobreponerse tanto à sí mismo, como ahora en

que debia demostrar afecto y ternura à la hija de su discipula y su protectora.

La besò.

¡Es tan frecuente que se junten los lábios de dos personas cuyos corazones se rechazan!

¡Ocurre tantas veces en la sociedad que el chasquido de un beso oculte la esplosion de un anatema!

¡Oh y cuantos rostros se acercan para besarse y se repelan luego como dos electricidades cuyo choque desarrolla la tormenta!

Arrancad la màscara de hipócrita falacia que oculta las sinuosidades del corazon humano, vereis muchas de esas bocas que se besan, masticar con placer la carne arrancada de los lábios que se le acercaron.

Pero la sociedad es muy sàbia.

Bajo el antifáz que oculta la humanidad civilizada, hace desaparecer el «ser» hombre, que siempre es repugnante en sus incultos arranques y en su ruda franqueza, y en sus impulsos naturales y en su esplosivo sentimiento.

Es necesario fingir y fingir amor y dolor y placer y amistad, y en suma es necesario convertir el rostro en un espejo, en un espejo sí, pero con el cristal vuelto hácia afuera, en un espejo donde se reflejen las emociones de los demás, y donde se impriman rasgos de circunstancias y

donde la sociedad lea lo que ella quiera accidentalmente leer y donde como por un resorte aparezcan el llanto, la risa, la cólera, la amargura, todas las pasiones segun el órden en que acomoden á la sabia sociedad.

Adolfo acariciaba la cabeza dorada de aquella infantil criatura y tenia que fingir alegría.

En su semblante vagaba una sonrisa.

Una sonrisa que crispaba su corazon.

—Mamá, quién es este hombre? exclamó la niña.

—El que luego que tu seas mas grandecita te enseñará à tocar el piano. Ea, marcha à jugar, vida mia. Y en cuanto á vos, añadió la condesa dirigiéndose á Adolfo, mandaré que os designen habitacion. Vuestro cometido será tan solo el de llevarme la correspondencia con mis amigas de Madrid, porque á la verdad ¡soy tan perezosa para escribir!

—Cuanto gustéis.

—Pues empiezo á abusar de vos. ¿Quereis ver si el labrador tiene alguna carta para mi?

Adolfo salió delirante, mas enamorado que nunca de aquella muger que le causaba la desolacion mas amarga.

El labrador era un hombre despejado malicioso y charlatan.

Cuando Adolfo le hubo hecho relacion de su mensaje, el viejo aldeano se sonrió descaradamente.

—Ola, dijo. ¿Con que tú eres el nuevo..... Pareces un chica guapo y reservado.

—No sè de que reserva se trate, contestó Adolfo.

—¿Te haces de nuevas?

—Esplicadme.

—¡Si tu fueras generoso!

—Lo seré.

—Solo exijo la mitad de tus utilidades.

—Yo os las prometo todas.

—Bueno, bueno, pues mira, lo esencial de tu destino es la reserva. Toma esta carta. Pronto verás los enredos. Sábetete que si nosotros los aldeanos, observáramos la conducta de los grandes señores, estaríamos lo menos escomulgados. Yo no tengo otro defecto que el muy leve de curiosidad y sin embargo me punza la conciencia. Tu debes en adelante servir de mucho à la señora, lo creo así porque cuando te manda por estas cartas.... vamos, le habrás inspirado confianza y.....

—Sabeis que me vais confundiendo. ¿Pues que tiene eso de extraño.

—Ahi está el laberinto, y si tu callaras la mitad de lo que yo sè, y fueras capaz como yo de guardar un secreto.....

—Os digo que podeis hacer en mi entera confianza.

—Pues mira, esta carta es de un señorito sevillano que se desvive mas de lo regular por la señora, [sin que á esta le disguste tanto cuidado. Al segundo año de venir los señores, hicieron conocimiento, no sé por qué casualidad, con el tal caballero, pero tan estrecha que invitaron con mucho celo á que viniese toda la temporada del año próximo. Así sucedió y en él reparé muy grandes cosas. El señor conde le tiene por su mejor amigo. Van juntos á Sevilla y sucede con frecuencia, que el señor se quede allá, y el caballero se vuelve, y la señora se alegra, y... ¿que se yó que mas?... pero malas lenguas dicen que el sevillano ha proporcionado al amo su quebradero de cabeza en Sevilla, mientras que él... pues!... al buen entendedor... yo te creo agudo y basta.! ¡Qué gentes! hijo ¡qué gentes! La señora lo sabe todo y creo que se le importa un anís del estravio del señor conde y á este se le importaría menos si supiera lo de su mujer, pues dicen que tales personajes llaman á esto estar á la moda.

—¿Y quien os asegura todo eso? exclamó frenético Adolfo.

—Bah! mis ojos. Ya te he dicho que pecho un poco de curiosidad. ¿Ves esa carta que te acabo de entregar? pues ahí dice el sevillano que viene mañana, que hasta pasado mañana no debe volver aquí el Sr. Conde; que desea con

ansía verla para asegurarle de su invariable constancia y cariño, con otras mil lindezas muy tiernas y bien compuestas. Me he amaestrado en humedecer y despegar obleas, y unido esto á unas cuantas leccioncejitas de leyenda que me dió un sacristan de Alcalá, puedo satisfacer mi pecadillo. Yo te encargo la reserva sobre todo. Si tú no me inspirar tanta confianza, hubiera consentido en que me tostaran antes que descubrir á nadie este secreto.

—Descuidad, dijo distraidamente Adolfo, y se retiró de aquel hombre, que sin saberlo habia abierto una nueva herida muy dolorosa á su corazon, que de nuevo sentia.

No era suficiente ver aquella mujer, fantasma ideal de sus dorados ensueños, entregada á otro hombre, acariciar el fruto de su amor, verla destituida de la virginal pureza que solo satisface el corazon de un artista!

Era necesario para que se consumase la obra de su desgracia, verle degradada, prostituida!

Cuando Adolfo entregó la carta á Maria, esta acariciaba la dorada cabeza de su hija.

Adolfo fijó en ella una mirada intensa y penetrante, con la cual sorprendió su secreto.

El labrador no le engañaba.

Aun no era la marquesa bastante actriz para disimular del todo sus impresiones.

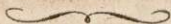
No habia sido dueña de reprimir un ligero movimiento de alegria al ver el billete.

Sus mejillas se colorearon, brillaron sus ojos con el fuego de la pasion y casi arrebató el papel de las manos de Adolfo.

Este sintió arder su alma de indignacion, de amor, de celos y de cólera.

Al ver confirmada, por la impresion de Maria, la acusacion del campesino, sintió que le faltaba el dominio sobre si mismo, y salió bruscamente.

Pensaba en el jóven que acompañaba á la marquesa en el teatro de Sevilla.



VII.

Los restos del espíritu.



Pocos dias han trascurrido desde que acaecieron los sucesos narrados en el capítulo precedente.

Es la una de la noche.

La última de Junio.

Todo es silencio.

El cielo está diáfano.

La tierra es un ramillete bajo un fanal transparente.

La luna, el astro de los misterios y del amor, pasea melancólica los campos del infinito.

Parece que cielo y tierra, hombres y viento, aguas y flores temen despertar tan solemne reposo.

La parálisis de la creación.

Solo el viejo tiempo discurre agoviado hacia la eternidad.

En el péndulo suenan sus pisadas.

Y cada una de ellas va secando una raíz de nuestra vida.

Cada golpe de reloj es el sonido que produce al romperse un eslabón de la cadena que nos aferra al mundo.

¡Cuanta amargura encierra ese sonido lento, monótono y acompasado del minuterero que nos dice: uno, dos, cien segundos menos quedan á tu existencia.

Andas conmigo.

Yo mido á compás los momentos de tu placer y de tus dolores.

Y al cabo pararás.

Y yo incesante devoraré siglos.

Y saltaré los abismos de la eternidad.

Y siempre impasible, lento, monótono y acompasado diré: uno, dos, cien segundos menos quedan á la humanidad entera.

.....

En una habitación que cae al jardín de la quinta arde una bujía.

La ventana está abierta.

La luna platea la ancha frente de Adolfo, surcada por los pesares y los desengaños.

El jòven escribe.

Escribe y llora.

Parece inverosímil que en un alma tan degradada, vuelvan á caber los sentimientos.

Pero es indudable.

Los seis años últimos de la vida de nuestro artista, solo fueron las sombras de un infierno; desvanecidas ante el riante aspecto del ángel de redencion.

Cuando piensa en sus veinte años, Adolfo vuelve á ser angel.

Cuando piensa en Maria, en aquella ilusion de pureza, en aquella mujer que engreia su alma, que alhagaba sus sueños, en aquel amor casto é inmaterial, que vino como destello del cielo à infiltrarse en su corazon, rodeándole de luz de aromas, de encantos y de ventura, cuando acaricia entre sus secos lábios aquel nombre, para él de tanta armonía, y le tartamudea en suspiro lento, Adolfo siente espiritualizarse su ser y vuelve á la vida etèrea è impalpable de su alma.

Cuando vé á su María desvanecida ante la cruel realidad de hoy, cuando vé su ángel convertido en mujer, en mujer coqueta y hasta degradada, hermosa como siempre, terrenal é incitante, Adolfo es hombre.

Y lucha con sus deseos, con sus tendencias instintivas,

con sus celos, con sus ímpetus, y se declara su materia en guerra abierta contra su espíritu.

Y cuando asaltan su mente los dolores pasados, y cuando se ve todavía manchado por el lodazal que atravesó durante seis años, y acaricia tenazmente las ideas de degradación y de venganza contra la humanidad, y se nos siente saciado aun de esterminio, y aparece en sus lábios la mortal sonrisa del descreimiento, entonces Adolfo es el ángel caído, es el demonio que se retuerce entre sus crueles torturas y eleva los sangrientos ojos á su dios terreno, y le maldice con toda la intensidad de la desesperación.

Ahora su alma se encuentra en uno de esos momentos de éxtasis supremo, en que volamos lejos de la tierra, por la región de las ideas, en alas de una ilusión, cruzando mares de luz y de armonía.

Piensa y escribe.

He aquí su diario.

30 de Junio.

La he visto muchas veces.

Está triste.

Su amante no ha venido.

El conde sigue en Sevilla.

Parece que empieza à hacer confianza en mi.

Me trata con intimidación.

Pero esa intimidad me desgarrá el alma.

Es sin duda la familiaridad con que se trata á un criado predilecto.

No ha traslucido nada en mi.

Pero no puedo vencerme mas.

A su presencia se ofusca mi razon, se turba mi entendimiento, se anonadan mis sentidos.

Debo serle muy indiferente.

Si esa mujer se hubiera fijado en mi, hubiera traslucido, á mi pesar, cuanto pasa en mi alma.

Y sin embargo sigo encadenado á ella por una fuerza impetuosa é irresistible.

No me basta verla.... hasta prostituida.

¡Cuan desgraciado me ha hecho ese amor!

El ha empañado la risüeña juventud de mi vida.

¿Dónde hay martirio mas horrible?

Veo constantemente ante mis ojos cuadros de amor y de delicias, para mi desgarradores.

Ella se enagenará en su pasion, suspirará sumergida en un mar de deleites, desmayará de amor en los brazos de otro hombre, devorará sus caricias, le mirará con frenesi, temblará de placer al sentir su contacto, sus manos estrecharán sus sienes para coutemplanle, hambrienta de delicias, con toda la vehemencia de sus deseos, su voz desma-

yada pronunciarà un «te adoro» sus labios temblorosos tar-
tamudearàn un beso y ¡oh! yo mientras tanto, yo me re-
tuerzo el corazon de angustia y de pena, yo me ahogo en
la desesperacion, yo vivo la vida de los condenados, yo....
Madre mia, desde el cielo donde ves tanto sufrimiento, tan-
ta desolacion, manda á tu hijo, á tu querido hijo un con-
suelo.

Odio mi existencia y acabarè por despojarme de ella.

No puedo mas!...

He visto á su hija.

Ante esta criatura angelical è inocente, siento un indefi-
nible martirio.

Ella es tambien el fruto de otro amor.

¡Oh! que el mio quede oculto en los pliegues de mi co-
razon destrozado.

Ya no puede ser ella el ángel de mis ensueños.

Murió su pureza, con ella debe morir mi idealidad.

VIII

La tentacion.



Es la noche siguiente.

El calor es intenso.

Adolfo está en su habitacion.

El coude marchó à Sevilla.

Hace horas que todos duermen en la quinta.

Solo Adolfo vela.

Su espíritu se agita en una lucha espantosa.

Recuerda y sufre.

Las heces de su degradacion funesta no se hallan bastantes purificadas.

Ahora es hombre terrenal que lucha con sus deseos y su

conciencia, con su idealismo y su materialidad, con su amor, con su desesperación, con sus celos, con su odio, con sus amargas memorias.

En su semblante se pinta una agitacion febril.

Sus ojos arden.

Sus miembros están contraídos.

Su tez teñida de ráfagas lívidas y terrosas.

Está inclinado sobre la mesa.

No llorando como la noche antecedente sobre aquel escrito con que desahogó su corazón, sino abstraído, anhelante; calenturiento sobre un vaso de rom.

Pasó un minuto y lo apuró de un trago.

Era el cuarto.

Aun le restaban tres en la botella.

En menos de un cuarto de hora se vió desocupada.

Todos sus movimientos se indicaban por una crispacion convulsiva.

Acabó de beber y se levantó.

El licor habia hecho su apetecido efecto.

La razon estaba febril, apagada la sensibilidad; pero el cuerpo estaba todavia libre.

Se asomó á la ventana.

Hubiera querido devorar con su aspiracion todo el aire que rodeaba el globo.

A seguida se descalzó.

Sus puños golpearon su frente.

—No hay remedio, exclamó, es mi destino. No hay en cuanto existe poder suficiente para retraerme de mi determinacion.

Está sola. Aunque supiera que tras ella estaban aguardándome cien infiernos, yo gozaré terrenalmente de esa mujer de tierra.

Oh! no es tan gran crimen. Está envilecida. ¿Qué importa un hombre mas? Si, estoy resuelto. Profanaré mis sentimientos. No es digna de ellos tales como fueron. Lo haré y me mataré despues.

¿Qué es para mi una muerte de un momento, comparada á las crueles heridas de tantos años? Me mataré; pero antes necesito verla, verla en su lecho, adorarla, gozarme en su hermosura; necesito respirar su aliento, estrecharla en mis brazos, confundirme en todo su ser. Estoy resuelto à todo. Maria, Maria, somos de barro!... Tengo bien tomadas mis medidas.

La febril exaltacion de Adolfo, crecia por momentos.

Tomó la bugía, y avanzó con rapidéz á su armario.

De él sacó un cuchillo.

Salió del cuarto.

Sus pisadas no producian el mas leve ruido.

Cerró por fuera la puerta.

Cruzó un pasadizo bajo, subió una escalera, á cuyo frente habia una puerta cerrada y apagó la bugía.

Aplicó en seguida el oído á la cerradura con la ansiedad de un bandido.

No se percibia ni el mas ligero rumor.

Sacó una llave, y la introdujo con infinita precaucion en la cerradura.

Dió suavemente dos vueltas, y la puerta se entreabrió con lentitud.

Adolfo penetró por ella trémulo, desencajado.

Cerró por dentro.

La habitacion en que se encontraba, era un gabinete preciosamente amueblado.

Sobre un belador de concha, una opaca lamparilla despedia ténues resplandores.

Dentro de este gabinete habia otra habitacion.

Su puerta de cristales estaba entreabierta.

Era la alcoba de María.

Santuario que iba á ser profanado.

Adolfo entró cada vez con mas misterioso sigilo.

Su cabeza ardia.

Todo su cuerpo se hallaba sobrecogido de una agitacion nerviosa.

Las persianas de una de las ventanas que daban al campo, estaban abiertas.

La luna penetraba por ellas en brillantes ráfagas de plata.

Las espumosas cortinas del lecho estaban corridas.

Dos veces fué á tocarlas Adolfo, y otras tantas retrocedió espantado de su determinación.

Retumbaba su cabeza á los gritos de su conciencia.

Sin el menor recelo, sin en el menor remordimiento, sin el mas pequeño miramiento habia llegado á poseer trece mujeres, tres de ellas de esta manera.

Nada le habia atemorizado, nada.

Ahora temblaba.

A las trece las despreciaba.

Era una cosa pasajera.

A esta la adoraba con la inmeccidad de un amor infinito, ideal, ahogado, sin embargo, por la materia y las circunstancias.

Este era un último momento.

El instante supremo.

La vacilacion de Judas con el cordel al cuello.

La lucha era desesperada.

Al fin levantó la mano.

La cortina fué descorrida en silencio.

Entonces á sus miradas se mostró un cuadro fascinador.

María dormía profundamente.

Su áurea cabellera trenzada sencillamente, deslizaba sobre la nieve de su almohada.

Una sonrisa mas cándida que la de la inocencia tenía entreabiertos sus labios de carmin.

Sus blondas pestañas formaban una línea de ébano.

Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas.

De su boca se deslizaba un aliento, suave y embriagador.

Un brazo enteramente desnudo, un brazo adorable, terso, redondo y blanco como la nacar, descansaba sobre los encages de aquel lecho de virgen.

Su garganta, su pecho, su brazo, su rostro, sus cabellos, todo en la totalidad de su abandono y languidez, se presentaba á la devoradora vista de Adolfo, iluminado por los albores de una luna diáfana, que servia como de aureola á aquella divinidad.

La atmósfera era arrebatadora.

Esa atmósfera que se exhala de la alcoba de una muger del gran mundo, suavizada mas y mas por las emanaciones de la floresta.

Adolfo no cabia en sí mismo, en el mundo, en el espacio.

Necesitaba aire á torrentes.

Estaba ante María.

Ante aquella muger por quien tanto habia llorado.

Ante aquel fantasma que desaletargó su juventud.

Ante la sednctora sombra de sus ensueños.

Ante aquella imágen que tanto le soureia.

Ante aquella muger que habia devinizado su alma de artista.

Y la veia dormida, abandonada, desnuda, hermosa, riente, incitante.

Cinco minutos la estuvo contemplando.

No contemplando; embriagándose con el éxtasis de tanta hermosura.

Absorviendo su conjunto.

Devorando sus formas con su volcànica mirada.

Alli habia un sacrificio sangriento, inmenso.

El lecho era el ara.

María era el ídolo.

El corazon de Adolfo, la víctima despedazada.

El fuego, su aliento.

La cuchilla, sus recuerdos.

El incienso, el perfume de aquella boca angelical.

El solemne silencio, la aceptacion propicia.

Adolfo queria llorar, reir, matarse, vivir, gozar, purificarse.

Su alma fué al fin su alma.

¿Quién no hubiera visto á través de aquella sonrisa, de aquella calma, de aquel reposo elocuente, el sueño nacarado de una vírgen?

Adolfo vió allí á aquella Maria, aérea emanacion de Dios, que él se habia forjado.

Para él no existia allí ni la esposa, ni la madre, ni la amante.

Era una cosa flèbil, vagarosa como el suspiro de un que-
rubin.

La intacta pureza del nacimiento.

El espíritu de Adolfo retrocedió.

Su semblante árido, cayó sobre su pecho.

Un sollozo desgarrador brotó y se estinguió en su co-
razon.

Sus lábios abrasados tartamudearon al aire un beso.

Haberlo estampado en aquella frente, en aquella boca, en aquella mano de alabastro, hubiera sido para él un infinito sacrilegio.

Adolfo la miró por última vez, tèmbloroso, desvanecido, ébrio de felicidad.

Corrió la cortina.

Junto á la cama habia un búcaro de porcelana.

En él habia una sola flor blanca.

Adolfo la tomó.

Aquella rosa habia estado todo el día sobre el seno de María.

Cruzò el gabinete.

Salió, cerró la puerta, cual estaba antes, y encendió la bujía.

Bajó la escalera, cruzò el pasadizo y entró en su habitacion.

Durante este tránsito de diez segundos, su alma habia recorrido seis años.

Habia pensado mucho.

Se precipitó sobre su cama vestido, estrechando con indecible efusion lo rosa contra sus lábios.

En su garganta habia un nudo de bronce.

Al amanecer estaba aun despierto, pero aletargado.

La prueba habia sido terrible.

El sacrificio inmenso.



IX

De hombre á àngel.



Ciucos dias despues la marquesa hablaba en su gabinete con su marido.

—Parece, le decia el conde jugueteando con su perdiguero favorito, parece que por este año no nos favorecerá nuestro sevillano.

—Cómo es eso? dijo Maria alterada. ¿le has visto?

—Bah, si le he visto. Todos los dias. El perverso se me disculpa con negocios: pero yo sé que sus negocios se reducen á quemar incienso ante un uevo idólito gaditano.

Si el conde hubiera reparado á su mujer, á pesar de su

estupidéz y su vaguedad, no se le hubiera pasado desapercibido el efecto de sus sencillas palabras.

Maria estaba intimamente persuadida de la ceguedad del conde, y por lo tanto no entrevía ironía ni dobléz en sus palabras.

Así es que las creyó de todo punto.

Por otra parte, hacia cerca de quince dias que su amante le habìa escrito indicándole su próxima entrevista, y protestando de su amor y su constancia.

Maria tal vez era en aquel hombre en el único que se habia fijado.

Habían trascurrido horas y dias de eterna impaciencia, en los que le habían punzado las sospechas, la duda y los celos.

Pensò en la infidelidad del sevillano.

Ahora veía consignados sus presagios.

Se vió herida en la fibra mas delicada de toda muger, y de toda mujer coqueta.

Con solo una mirada estaba acostumbrada á ver el rendimiento de cien fogosos corazones.

Crejó, por lo mismo, que aquel hombre á quien habia entregado el suyo no tendria suficiente con la eterna esclavitud de su existencia.

Y se vió burlada.

Su despreciado orgullo se levantó gigante.

Su amor desdeñado le enloquecía de ódio á su rival.

—Estàs de broma? dijo al fin. dominándose un tanto, y fingiendo una sonrisa cruel para su corazon.

—No lo creas, querida. Le he visto mil veces con ella. Palabra de honor, me lo han asegurado con certeza. Y en verdad que la niñita bien merece los rendimientos del galan. Es un diablillo de hermosura. Un sueño dorado de tres millones.

—¿Es soltera?

Cáspita ¡pues no.! No creas tan Tenorio á nuestro vecino. El solo marcha por los caminos legítimos. Me aseguraron, como indudable, que se casa dentro de dos ó tres dias, y á seguida marcha á Cádiz con su adorable costilla.

—Y será tan ingrato que no nos convidará á la boda.

—En esos trances es probable que no se esté para pensar en sus amigos. Pues qué, chica, ¿no da suficiente en que pensar, el mirarse á los veinte y cinco años medio arruinado, y resucitar con ciento cincuenta mil duros y una mujer guapa?

—Bah! Tu te diviertes, Alfredo.

—Palabras de honor.

—Y tú le has visto con ella?

—Mujer, que insistencias.! Cualquiera diria que tomas

parte activa en la determinacion del sevillano.

—Oh! yo, no; pero me estraña. No le oiste siempre imprecicar contra el matrimonio?

—La de todos los calaveras jóvenes. Les sucede, que al fin se astian de sus volubilidades, que se arruinan, y que últimamente se enamoran con mas facilidad y persistencia que un viejo verde, y mendigan el matrimonio nuevos encantos y placeres que antes ridiculizaban.

¿Qué hora es? preguntó Maria cortando bruscamente las palabras de su esposo.

—Las dos, dijo el conde consultando su reloj, y por lo tanto te dejo hasta pasado mañana. Debí estar à estas horas en Sevilla. Tengo mucho que hacer. A mi vuelta te traeré amplias noticias de nuestro amigo. A Dios, querida.

El conde salió brincando ante su perdiguero.

Un cuarto de hora despues salia una silla de postas de la quinta.

Maria habia quedado trémula y pensativa.

Cuando viò alejarse el carruaje en que iba su marido, hizo vibrar fuertemente la campanilla de su gabinete.

Instantáneamente apareció la doncella de Maria.

—El Sr. Adolfo, dijo esta.

Dos minutos despues, Adolfo, confuso y angustiado, como siempre que se presentaba ante la marquesa, penetró

en el gabinete.

—¿Quereis ver, dijo Maria si el labrador tiene carta para mí?

El nuevo secretario conoció la agitacion de aquella muger, salió y volvió á poco con una carta.

La entregó, y al retirarse brillaban sus ojos de indignacion y de cólera.

Maria quedó sola.

Dentro de aquel papel se encerraba ó su felicidad ó su infortunio.

Temblaba antes de abrirlo.

Su alma experimentaba la lucha de la incertidumbre.

Al fin se resolvió y rompió el sobre con mano trèmula.

Mientras leia, su rostro se inmutaba.

Pasó varios renglones y pareció dudar de la veracidad de sus ojos.

Se acercó á la ventana, pasóse el pañuelo por los ojos y volvió á comenzar de nuevo la lectura.

Sus facciones se contrajeron violentamente.

Mordía con vehemencia su labio inferior, dilatábanse sus pupilas, todo su cuerpo se hallaba sobrecogido de una convulsion nerviosa y el papel oscilaba fuertemente entre sus manos.

El billete estaba concebido en estos términos.

«Señora, logré embaucar á V. Mi triunfo no ha sido notable, pero si divertido. Es necesario que en adelante tenga mas talento para conocer á los amantes que solo deseen ó satisfacer un capricho pasagero, ó como yo, burlarse de sus despreciables favores. Amiga mia, cualquiera dirá que es V. novicia en el amor; empero yo, que sé lo contrario, digo que tiene V. muy escasas luces ó.... ya comprenderá mi reticencia.

A Dios, marquesita. Esta noche me caso con una jóven muy digna de todo el amor que á V. he fingido. y mañana saldremos para Cádiz, donde á su arbitrio podrá disponer de mi constante afecto.

De V. mis respetos á su queridísimo esposo y besos á la hija de V.

Y seguia la firma entera.

Cuando Maria hubo leído tan insultante y grosera epistola, sus ojos se hallaban inyectados de sangre.

Temblaba de ira, de celos, de cólera y de indignacion.

Conocia perfectamente la letra y no podia dudar de la realidad.

Pero aquel inusitado estilo, aquella cruel ironía, aquella bárbara franqueza, aquella punzante sátira, aquel cúmulo de insultos incalificables ¿de qué procedian?

Ella le habia amado mucho, le habia guardado muchas

deferencias, muchas consideraciones, y hasta allí él le habia mostrado la mas sincera correspondencia.

¿Se habia, sin duda, cansado de sus caricias?

Mas es él era un caballero y aquellas formas grotescas, aquel estilo despreciable debia ser extraño á su educacion.

¿Tendria celos?

Solo el despecho que produce en el alma esta pasion, fuera capaz de dictar carta semejante.

Pero celos ¿y de quién y desde cuando?

¡Oh! y ni tampoco esta suposicion sinceraba tal conducta.

Aquello era un caos incomprendible.

María volvió á leer.

A seguida estrujó frenética el papel entre sus manos.

Estaba con los ojos fijos con devoradora mirada en el campo, oprimiendo con una mano crispada el marco de la ventana y con la otra comprimiendo el arrugado papel.

Sus nervios rígidos la imprimian bruscos sacudimientos.

Su aptitud era imponente y terrible.

Era la estatua de Medea.

Al cabo se arrojó desplomada sobre una poltrona.

Un sollozo ronco y desgarrador se escapó de su pecho.

Lloraba.

Lloraba lágrimas de fuego, arrancadas á su corazon, no

ya por su amor herido, si no por su orgullo ultrajado.

Eran las primeras lágrimas que vertía por un hombre.

Su cabeza volcánica y calenturienta buscaba, ó una esplicacion inmediata y satisfactoria, ó una venganza cruel, tan cruel, tan sangrienta como el ultrage habia sido.

De pronto la asaltó una idea.

Fué á levantarse á ponerla sin duda en accion, pero se dominó, logró vencerse y durante media hora en la cual pasaban por su semblante los reflejos y las sombras de sus pensamientos, forjó su plan, se decidió á todo, quiso descubrir aquella trama, y para ello no debia, segun el calor de su espíritu, reparar en los medios; los arrostraba todos.

Arrostraria hasta la infamia.

Madurada su resolucion, trató de componer su semblante.

Levantóse y tiró de nuevo fuertemente del cordon de la campanilla.

Volvióse á presentar la doncella y recibió la misma orden que anteriormente.

Adolfo apareció en breve.

Maria misma cerró la puerta y despues insinuó al secretario que se sentara.

El rostro de la Marquesa aparecia mas tranquilo.

Se habia calmado aparentemente la tempestad, por mas que el oleaje interno levantaba mares de sangre todavia en su corazon.

Un instante se pasó en silencio y al cabo dijo María con voz un poco trémula.

—Sois la única persona que me inspira confianza en esta casa.

—Podeis hacerla en mi ciegamente, repuso Adolfo, un tanto sorprendido.

—Bien lo sé; una persona de vuestros antecedentes, no debe inspirar recelos. Yo os aprecié siempre; me habeis conocido antes de ahora, y estoy segura de que me pagais el afecto que os profeso.

Adolfo estaba confuso.

—Ah! exclamó, y no pudo seguir.

—Yo necesito de vos.

—¿De mí? Mandad, mi vida....

Adolfo se cortó bruscamente, su expansion le iba á vender.

—¿Qué decís?

—Que en mi vida tendré un placer como el que me proporcione el prestar un servicio á mi discipula y mi protectora. Mandad.

—¡Ah! pero es que necesito tambien de vuestra reserva.

—Señora, sé callar hasta aquellos secretos que hieren el corazon estando encerrados en él. Mi pecho será la tumba de vuestras palabras. Yo os lo juro por lo mas sagrado, por la salvacion de mi madre.

La exaltacion de Adolfo crecia por momentos. Se olvidaba de su situacion.

—¿Y si yo os exijo además de la reserva un favor grande, muy grande para mí?

—Cumpliré vuestra voluntad.

—¿En todo?

—Aun cuando me costara la vida; pero no, mi vida ¡es tan poco!

—¿La teneis en tal aprecio?

—Señora, ella ha sido tal y tan menguada que es para mí una carga insoportable.

Mi historia es muy amarga, muy dolorosa, mi camino en la tierra ha sido siempre sobre abrojos, y deseo descansar ya de tanta herida, de tantos dolores.

La voz de Adolfo temblaba; miraba à María contagiada per su desconsuelo, y hasta sorprendió que sus ojos respondian á la amargura de su corazon con una lágrima.

No es estraño; el corazon de la marquesa estaba muy comprimido, era muger, y no supó vencerse; necesitaba un desahogo, y bien á su pesar sentia humedecerse sus párp-

dos é infiltrarse en su alma el desconsuelo que destilaban las palabras de Adolfo.

—¡Ah! ¿y que corazon no ha sufrido? exclamó con angustia María

—Si, es verdad; pero hay sufrimientos pertinaces, eternos, sufrimientos que acaban con las fuerzas del espíritu, que dejan sin brios el corazon, que matan la vida de la juventud.

—¡Ah! vos podeis comprenderme, exclamó María, arrojado todo miramiento en fuerza de la vehemencia de las pasiones que luchaban dentro de ella.

El dolor además infunde fraternidad y simpatía, expansión y franqueza, y el dolor de Adolfo acababa de vencer los escrúpulos de reserva que aun contenía á su pesar el alma de la marquesa.

—Decis bien, añadió esta. Hay dolores en la vida que son crueles y que en un momento destrozan nuestra alma; y cuando además de esas mortales heridas sentimos que nos asedia la incertidumbre, que nos grita nuestra dignidad ultrajada, que se revelan todas las pasiones desconocidas... oh! eso es muy terrible.

Adolfo hallaba por fin en María un espíritu, y un espíritu impetuoso y vehemente; pero adivinaba con aguda penetración la chispa que habia producido el incendio; el sen-

timiento de Maria le martirizaba ahora mucho mas que su jigeriza y su impasibilidad.

—¿Habeis amado? exclamó con ardor Maria despues de una ligera pausa.

—¡Que si he amado me preguntais! oh! si, he amado, tanto, tanto que mi vida, que mis ilusiones, que mis venturas, que mis martirios son todos la historia de un amor. Yo fui, como sabeis, un pobre artista y como de tal tenia el corazon. Yo no sé si vos sabreis lo que es el corazon de un artista.... ¡Ah! si supiérais!... Una muger, una virgen de esas que solo se sueñan se interpuso en mi camino. Era bella, tanto... que yo no os lo puedo decir; pero yo veia en ella la luz, la armonia, la sublimidad de toda la creacion. Y aquella muger, aquel ángel debia sin embargo ser para mi el demonio de mis desventuras. Ella jamás podría comprenderme, jamás me podría pertenecer, porque era noble y rica y yo..... solo un miserable hijo del pueblo.

Y á pesar de este convencimiento, tal vez la esperanza sonreia en mi corazon tal vez imaginaba identificadas nuestras almas, tal vez en sueños la contemplaba mia, y estos delirios ¡cuánto sufrimiento, cuantas lágrimas me costaban al despertar! Se llamaba como vos, y aun casi se os parecia; pero no, la virgen que agitaba mi vida no era como vos. Vos sentis, y ella era una estatuá vacia, un cuerpo

sin alma, una encarnacion divina del arte.

—¡Ah! ¿y habeis sufrido tambien sus desprecios?

—No, ella debia ignorar siempre un amor tan descabellado, y así lo jurè.

—Y si esa mujer os hubiera fingido un amor inmenso y despues os hubiera insultado, os hubiera humillado, se hubiera burlado de vos.

—Callad, callad, ¡oh! yo le hubiera buscado, me hubiera arrojado á sus piés con toda la desolacion que llena mi alma, y le hubiera dicho: **Maria, Maria**, tu fuiste la luz de mi vida, la vida de mi alma, el alma de mi espíritu, el espíritu de mi ser. **Mírame, mírame** con aquellos ojos que me enloquecian; di que me amas aunque tu corazon rechace tal sentimiento. **Yo necesito tu amor** que es mi vida, mi esperanza, mi cielo, mi Dios. **Déjame** que te adore, que bese la tierra que pisas, que te divinice en mis sueños, que viva para tí, que con las manos juntas y el pecho palpitante vele tus horas de reposo. **Sino puedes amarme** porque ya no es tuyo tu corazon, **déjame** que yo al menos me lo crea, **fíngeme una mirada, una sonrisa** y por ellas daré mi eternidad.

Maria lloraba.

Habian hecho vibrar la fibra dolorida de su corazon.

Ahora lloraba de amor y desolacion.

Adolfo estaba enagenado, loco, con el alma llena de la mas infinita amargura.

Centuplicábanse los latidos de su pecho, el cual quería estallar.

—Ah! llorais!.... No, mis desgracias deben causar risa. ¿No es verdad que cuanto os he dicho es eminente ridículo y quijotesco?

—No, yo os comprendo, Adolfo. Alcanzo hoy á penetrar vuestros martirios, me identifico con ellos. Sufro cruelmente y por eso os he llamado; necesito de vos, y ahora que conozco el temple de vuestra alma, confío más en que me servireis.

—¿Que exigis de mí?

—Os ruego únicamente que seais portador de una carta que voy á escribir á Sevilla.

—¿Solo eso? dijo Adolfo, sin que su sonrisa de ironía desapareciera de sus labios.

—No, necesito que me traigais contestacion.

—Nada mas?

—A todo trance.

—¿Y si se empeñan en no dármela?

—La necesito.

—Eso quiere decir que la persona á quien os dirigis, ha de contestar de grado ó por fuerza, bien ó mal, como le

cuadre.

—Sí.

—Y que si se obstinara en dar esplicaciones....

—No lo espero.

—Quereis la repuesta escrita por mí sobre su corazon.

—¡Oh! no, no, dijo con viveza María.

—Comprendo perfectamente, exclamó Adolfo, marcando mas su sonrisa.

Sonrisa convulsa que le quemaba los labios y le helaba el corazon.

Luego añadió.

—No creo que se obstine ese sujeto en no contestaros.

—No lo espero.

—Seria una desatencion muy digna de cualquiera cosa; hasta de la muerte.

—Dejad la muerte para luego. Sí, él contestará satisfactoriamente, me lo dice una voz secreta; no sé que presagio de ventura abrigo en medio de mi desesperacion.

—¿Es fiel vuestro corazon.

—Nunca me ha engañado.

—¿Y os dice?....

—Me dice que todo esto es un caos, que se desvanece-

rán pronto estas tinieblas, que él me contestará y que vendrá, y...

—Y que yo soy la persona destinada para traerle?.....
pues bien, escribid, dentro de un momento seré con vos.

Adolfo salió.

Lo habia comprendido todo.

El corazon de Maria se habia trasparentado.

Al salir nuestro hèroe del gabinete, se ahogaba en la borrascosa amargura de sus celos.

Voló casa del labrador.

Despues de una conversacion de cinco minutos, Adolfo sacó un puñado de plata y se la entregó á este hombre, que se entretuvo en barrenar el pecho del jóven, refiriéndole con reserva y con grandes aspavientos y con muchas exageraciones cuanto habia leído en la carta última que dirigia el sevillano á la marquesa.

Era lo que buscaba Adolfo; mayor seguridad en su creencia.

Maria mientras tanto escribió un corto billete.

Cuando logró concluirlo, despues de haber roto otros dos que habia empezado, lo leyó y quedó al parecer satisfecha.

Si su amor se revelaba en él, su dignidad ofendida le envolvía en frases que hacian el mismo efecto que el que pu-

diera hacer un sudario envolviendo un lozano mancebo, lleno de vida, de fuego y de juventud.

Cerrò la carta y la entregó á Adolfo que habia vuelto ya al gabinete.

—Tomad, en Sevilla, donde dicen las señas, ó donde encontréis á la persona á quien me dirijo. No olvideis que os confío mi tranquilidad.

—Yo os respondo de ella como de la mia, dijo Adolfo, tornó á salir resueltamente.

A poco rato, ginete sobre un gallardo potro, volaba hácia Sevilla, paladeando por el camino la hiel que destilaba su corazón.



Abnegacion.



Han pasado dos dias.

Son las cuatro de la tarde.

El conde aun no ha vuelto de Sevilla.

Maria se halla leyendo en su gabinete.

La luz apenas penetra por las cerradas persianas que dan al campo.

En la aptitud, en el semblante, en los movimientos de la marquesa se revela la mas cruda impaciencia.

Arrojó lejos el libro, abrió una persiana, y miró al campo que se hallaba abrasado por un sol ecuatorial.

Una oleada de aire caliginoso y pesado se introdujo en la habitacion.

Maria cerró con presteza, sofocada por aquel hálito mortal.

Paseó por la estancia y al fin se sentó al piano.

Le abrió, y sus dedos recorrieron maquinalmente la armoniosa escala.

El silencio era grande.

La naturaleza dormia esas horas cálidas y abrasadoras de la siesta, en las que parece que chispean electrizados los átomos de la tierra, y que el aire se hace denso y compacto, y que el sol multiplica sus fuegos sobre este caduco mundo, centelleando una lumbre que abrasa las pupilas, y hace languidecer el cuerpo, y enerva el pensamiento y nos desmaya todo nuestro ser.

Se oyó á poco el acelerado paso de un caballo, y despues un golpe seco dado al postigo de la casa.

Aquel golpe resonó en el corazon de Maria.

Esta se levantó agitada de un pensamiento.

Su bata suelta con encantadora negligencia, dejaba percibir los latidos acelerados de su pecho.

Dos minutos despues Adolfo entraba en el gabinete.

Adolfo agitado, sudoroso, calenturiento, cubierto de polvo hasta los cabellos.

Al verle se inmutó la marquesa, como se inmuta un reo que va á escuchar su sentencia.

—¿Que noticias me traeis? exclamó al fin sin poder dominar su emocion.

—Tomad, dijo Adolfo, entregándole una carta, y cruzándose de brazos despues, quedó inmóvil, contraido, mirando con una fijeza espantosa á Maria.

—¿Es suya?

—Sí.

Maria voló á la ventana, rompió el sobre y sus ojos devoraron con ansia las primeras líneas de aquel papel.

—¡Ah! dijo despues con indecible efusion, levantando su mirada llena de inefable felicidad: Bien me lo decia mi corazon.

—¿Estais satisfecha? exclamó Adolfo con voz enronquecida y sin variar de aptitud.

Si, si lo estoy, no era posible otra cosa.

Y Maria volvió á comenzar la lectura.

El billete decia así.

Perdóname, perdóname Maria. Sé quanto te he ultrajado; pero sé tambien que la grandeza de tu alma sabrá olvidar mis agravios involuntarios.

Mi amor, mi eterno amor lo exige de tí, y te pide la abnegacion que debe tener, quien como tú, adora y es locamente correspondida.

Necesito muchísimo de tu perdón.

La situación de mis negocios me ha hecho abrazar un partido desesperado.

Un partido que sé te ha de lastimar; pero no tenía otro camino de salvación para mi honra.

Me encontraba en una de esas situaciones en que el hombre tiene que sobreponerse á todo y vencer su corazón.

Estaba arruinado y comprometidísimo.

Te hablo con la franqueza é ingenuidad que debo tener con quien es mi misma alma.

Me he casado.

Mi mujer es una imbécil con tres millones que me salvan de la deshonor, y yo creo que tú me preferirás enlazado con una mujer á quien no amaré jamás, antes que indigno de tu amor y cubierto de infamia.

Ayer te escribí esta y revolvía en mi mente los medios de comunicártela, cuando tú me has salvado facilitándomelos.

Necesitamos muchísimas precauciones en lo sucesivo.

El labrador de tu quinta es un infame, que ha falseado nuestra correspondencia.

Está enterado de todo.

Tiene aquí un hermano que es criado muy antiguo de la casa de mi mujer, y le ha revelado nuestras relaciones.

Como era consiguiente, ella lo sabía todo y solo he conse-

guido que me hiciera dueño de su capital, accediendo á escribirte una carta tan indigna como mi anterior, dictada y girada por ella misma.

No valieron mis negativas ni mis disculpas. Ella posee una carta mia, dirigida á ti, y detenida por el labrador, quien se la facilitó á su hermano.

Comprendo que todavia no me habré cincerado á tus ojos pero yo sabia en que al mismo tiempo que recibieras mi anterior, seria en tu poder otra mia esplicándotelo todo.

Pero no me atrevi á dirigirtela directamente porque no sabia si tu marido estaba en esa.

¡Oh cuanto te habré hecho sufrir! cuanto he herido tu dignidad y tu amor, vida mia.

Vuelvo á decirte que me perdones.

¡Si supieras el sacrificio que me ha costado la ofensa que te he inferido!

Si supieras el ódio y el desprecio que esto me infunde hácia mi mujer!

A Dios, Maria. Esta noche salimos para Cádiz.

So pretexto de mis negocios volveré cuanto antes pueda. y en el mismo dia tendré la infinita ventura de pedirte de rodillas el perdón que tanto necesito y que espero me concederás.

Despues de concluida la lectura de tan larga epístola, Maria no pensó mas sino en que su amante la adoraba aun

Los demás sentimientos que despertó en ella la carta, quedaron ahogados por el pronto bajo tan alagüeña persuasión.

—¡Oh! cuanto os debo!... dijo dirigiéndose á Adolfo.

Este permanecía hecho una estatua.

Temblaba de ira, sin embargo.

Sus ojos lanzaban fuego.

Sus encajadas mandíbulas contraían violentamente los músculos de su rostro.

—Bien poco, señora, dijo con acento reconcentrado Adolfo.

—La tranquilidad de mi alma.

¡La tranquilidad de su alma, pensó Adolfo, es el perjurio, el adulterio, la prostitucion!

Y una amarga sonrisa apareció en sus labios contraindos.

—Hice cuanto debia, dijo luego. Me habéis hecho tanto bien en el mundo, que yo debo demostrar en algun modo mi agradecimiento. Además, el ser portador de una carta... el exigir contestacion de ella... ya veis que es servicio que prestaria cualquiera; pero el destino ha querido que yo tuviera esta nueva ocasion de agradecer vuestras deferencias. Yo os doy gracias á mi vez por el bien que me proporciona vuestra confianza. Solo me resta suplicaros.

que me perdoneis por mi tardanza. Me encontré ayer tan malo en Sevilla, que no pude volver tan pronto como quisiera con ese papel que me abrasaba la mano... efecto de la impaciencia que tenia por entregároslo.

—¿Estais malo? Y porque os habeis puesto en camino tan pronto, y á estas horas, y con este calor tan sofocante?

—¡Oh! mi naturaleza es inquebrantable; la fiebre de ayer fuè en mí un fenómeno extraordinario. Hoy me hallo bien, y como adivinaba vuestra asiedad!...

—Gracias gracias, Adolfo.

—Exigis mas de mi.

—No, idos á descansar; porque estais muy contraido y sofocado. Habeis hecho muy mal en venir á estas horas.

—¿Como podria yo pagaros el interés que tomais por mi salud y el cuidado que os merezco. No, señora; me encuentro bien, no os apureis por mi. Estoy perfectamente bueno, tan bueno que me atreveria á haceros una súplica.

—Di.

—Veo el piano abierto.

—Y que quereis?

—Si tocárais algo! Conozco que os hago exigencias fuera de mi posicion.

—Ah! no; pero apenas he vuelto á tocar desde que salimos por primera vez de Madrid, mas... no importa,

mas... no importa, me servirá de lección, corregidme, maestro.

Y Maria se puso al piano con la mayor viveza.

Tocó una fantasia que Adolfo conoció por suya.

Cuando concluyó dijo:

—No es verdad que he perdido la ejecucion? pero á bien que vos me estimularéis. Ahora quisiera yo volveros á oír. Hace seis años que os dejó vuestra discípula.... Quereis complacerme?

Adolfo se sentó al piano sin responder, y empezó á tocar los sueños de Rosellen.

Maria estaba á su lado como en aquel dia en que él los tocó tambien an la calle del Arenal.

Los pliegues de su suelto vestido ondulaban sobre su cuerpo.

El brazo desnudo de la marquesa rozaba su hombro.

Él la sentia palpitar á su lado, y á medida que las suspirantes notas se escapaban de sus dedos, como el quejido de la desolacion, veia pintarse las emociones en el rostro de Maria, como aquella mañana inolvidable.

Las de Adolfo eran muy diferentes.

Entonces la esperanza, el entusiasmo.

Hoy el desaliento, los celos.

Entonces se recreaba en la pureza de su ídolo.

Hoy tenia ante sus ojos la degradacion.

De repente parò.

Le faltaban ya fuerzas para sufrir.

Habia querido probar hasta donde llegaba la abnegacion de su amor, y conocia que habia tocado al punto culminante.

De lo mas íntimo de su corazon se escapó una imprecacion horrible, que vino á morir en la helada sonrisa de sus lábios.

Sus dedos siguieron el impulso de su corazon, y casi crispados sobre las teclas, les arrancaron los iracundos sonidos de un aria de Attila, como los ecos de la borrasca de su alma.

Adolfo se levantó bruscamente.

—¿A que negarlo? señora me hallo indispuesto.

—Retiraos, retiraos pues á descansar; yo velaré por vuestra asistencia.

—Sì, me hace mucha falta el descanso; dijo Adolfo, y salió de la habitacion sin ver por donde pisaba.

Un momento despues Maria pensó de nuevo en la carta de su amante, y halló el horizonte no tan limpio como lo viera en su primera impresion.

Sobre todo era necesario tomar medidas acerca del Labrador.

XI.

El último paso.



Han pasado diez horas.

Son las dos de la madrugada.

Adolfo está solo en su habitación débilmente alumbrada por una lamparilla.

Está pálido, pero tranquilo.

No se siente por fuera mas sino el zumbido del viento que agita las copas de los árboles.

El jóven se prepara sin duda á hacer un largo viage.

Despues de arreglados sus cofres, sacó del armario unos papeles y los colocó sobre la mesa.

Sentòse y hojeó un cuaderno.

Era su diario.

Su semblante se inmutaba mas y mas conforme repasaba algunas páginas.

De su pecho se exaló un ronco suspiro, que sus labios devolvieron á su corazon.

Siguió pasando hojas y hojas.

Eran las hojas del árbol de su vida.

Un panorama que cruzaba lento ante sus ojos, poniéndole de relieve sus recuerdos, sus martirios, sus dolores, sus penas, sus amarguras.

Su vida se contaba por horas de sufrimiento, selladas en aquel libro oculto para todo el mundo, como los sentimientos de su alma.

Diremos que hacía un exámen de conciencia cruel y fatídico.

Cesó de leer y tomó unas cartas.

Eran las que su madre le dirigió desde Ontaneda algunos dias antes de morir.

Adolfo las repasó y á pesar de su aparente tranquilidad y su exterior impasible, se escapó un sollozo desgarrador de su pecho.

Madre mia, pensó: Tú fuiste el único ser que me amó en el mundo, fuera de tu amor casto y puro solo encontré doblez, falsedad, degradacion y agonía.

Oh! quién pudiera descansar á tu lado!

Pasaron todas las ilusiones de mi vida.

Naufragué en el mundo, y me faltas tú tambien que éra mi faro de salvacion.

Hace seis años que me faltó tu luz, y desde entonces he caminado sobre abrojos hasta que al fin vengo à tocar la meta de mi peregrinacion.

Perdóname, madre mia.

He caido desfallecido y no puedo andar mas.

Tú sabes que ha sido muy penoso mi viaje.

Tengo quebrantadas las fuerzas y anonadada el alma.

He querido agotar mi resistencia.

¡No puedo mas!

En los ojos del jóven apareció una abrasadora lágrima.

Era una gota de sangre que brotaba de las heridas de su espíritu.

Era un borboton de la amargura que hervia en su pecho.

Cogió aquellas cartas y las besó con efusion.

Levantóse y sacó del armario una cagita.

Abrióla y tomó de ella una flor mústia y marchitada.

Era la que habia tomado de la alcoba de Maria.

Aquella flor arregada, sin perfume, sin frescura, representaba un cruel sacrificio.

Era el emblema de su corazón.

La contempló un momento con angustia.

Sus labios estamparon en ella el último beso y después a colocó con las cartas y el diario.

Sacó del armario una pistola que acarició entre sus manos.

A seguida cogió los papeles y la flor, los colocó en el suelo en medio de la habitación, encendió una bugia y les dió fuego.

Cruzóse de brazos, contemplando con estoica calma la flama que consumia su tesoro, y cuando vió que la última chispa se perdía fugitiva entre la negra ceniza, se apartó, paseó un momento por la habitación, con el rostro tranquilo, y el paso seguro y acercándose á la mesa cogió el arma que había sobre ella.

Estuvo reconociéndola con una calma aterradora.

—¿Que importa mi vida á nadie? exclamó. Detrás de mí no hay un ser que reclame mi existencia, no hay unos ojos á quienes quiera evitar una lágrima.

Me llamarán cobarde ¿y quien? ¿quién se ocupará de mi nombre? cobarde!

Mi lucha ha sido terrible.

Caigo vencido por el destino.

Mi vida estaba junta con ese amor maldito.

Junta con sus ilusiones.

Junta con su esperanza.

Todo acabó; descansenos ya de tan dura peregrinacion.

Adolfo se sentó juntó á la mesa.

Densas columnas de humo llenaban la atmòsfera de la habitacion y violentaban la respiracion del jóven, que no estaba para pensar en ello, y mucho mas cuando cualquier ra lo hubiera atribuido á la fetidéz que produce el papel quemado.

Por lo demás Adolfo estaba tranquilo.

Tan tranquilo como pudiera haber estado al decidirse á dar un paseo.

Le animaba su irrevocable determinacion.

Y sin embargo se preparaba à emprender ese eterno via-ge que aterra á la humanidad.

Estaba inclinado hacia la sima ante la cual retrocede espantada, por un sentimiento instintivo, toda la naturaleza.

Veia ante sus ojos la tumba como su último lecho.

Una losa como su última almohada.

Un sudario como su último vestido.

Sentia, como el reo de muerte, su cuerpo vigorizado circular su sangre con el fuego de la juventud, sentia la vida bullir en todo su ser, y no obstante, las palpitations de

su pecho eran los últimos granos de arena que caen acelerados por el conducto del reloj, que se agita con violencia; y no obstante, cuantos seres viejos, valetudinarios y postrados sobrevivían á él, jóven, lozano y vigoroso!....

Montó la pistola con mano decidida.

Paseó en derredor su mirada como despidiéndose de cuanto lo rodeaba.

Levantó el brazo pausadamente y apuntóse al corazón, como para castigarle de haber mortificado tanto su existencia.

Pensó inmediatamente que así la muerte no era tan segura, y cambió de posición, colocando el arma frente á una de sus sienes.

Aun le quedaba un momento.

Un momento en el que su imaginación recorrió infinitos y diferentes horizontes.

El grito de su conciencia le aturdió.

Una idea inesperada asaltó su alma.

La idea de Dios.

La idea de Dios acompañada de la de su madre, cuyos labios le habían enseñado en un beso á pronunciar aquel sublime nombre.

Pero después, y rápida como un meteoro, pasó también por su cerebro una sombra

La sombra de una mujer.

La sombra de Maria.

Zumbaron los oidos de Adolfo á esta aparicion.

Cerrò convulsivamente los ojos, como queriendo apartar de su mente las últimas ideas.

—¡Madre mia! balbucearon sus lábios, y con pulso seguro y firme afianzó mas la pistola y su dedo se apoyó fuertemente en el gatillo.

Una detonacion, ó mejor un chasquido claro y agudo resonò entonces.

El misto no habia comunicado su fuego á la cámara, y el tiro no habia salido.

Adolfo arrojó lejos de sí la pistola, con la ira del que cree tocar el objeto de su esperanza en una niebla que se deshace entre sus dedos.

—¡Hasta la muerte se me niega! exclamó con mortal sonrisa, y levantándose pausadamente, fuè à su armario, de donde sacó otra pistola.

Empezó á reconocerla minuciosamente y aun la cebó de nuevo.

Sentóse otra vez, y en el instante en que preparaba el arma, sintió fuera de su habitacion voces que resonaban fuertemente en confusion y estrépito espantosos.

Sintió inmediatamente pasos acelerados, y luego una serie continuada de golpes dados á la puerta de su cuarto, y oyó que le llamaban á gritos.

Apresuróse á encerrar la pistola que tenia en la mano, cogió la que habia arrojado, y la guardò inmediatamente, y sin contestar abrió la puerta.

Una columna de humo espesa y resinosa penetrò en la estancia y le obligó un tanto á retroceder.

—Fuego, fuego! oyó gritar fuertemente.

—¡Fuego! repitiò el hombre que habia llamado y que ahora veia Adolfo desencajado en su presencia.

—¿Qué ocurre? preguntó este con viveza.

—Que arde la quinta, que casi todo el piso bajo está incendiado, que la escalera principal está interceptada por las llamas.

Adolfo no se detuvo á escuchar mas.

Rápido como el rayo salió de su habitacion, atravesó un corredor, subió la escalera por donde le vimos la noche que penetró en la alcoba de Maria, y llegó al gabinete de esta.

La puerta estaba cerrada.

Llamó fuertemente y pronto apareció ante èl la doncella de la Marquesa.

Esta estaba ya avisada de la catástrofe; y se detenia un

punto cubriendo su desnudéz con una ligera bata.

En tal estado se presentó á Adelfo, sia reparar en que tal vestido, por si solo, era insuficiente à velar sus formas incitantes.

Pero el pudor es una tímida virgen que huye ante cualquier peligro.

—Salvaos señora, salvaos.

—¡Mi hija! gritó Maria, la otra escalera dicen que está ya impracticable!

La hija de la marquesa dormia con su aya en otro ángulo del edificio.

La doncella penetró en la alcoba, abrió una puerta secreta, desapareció un momento y volvió.

—Señora, salvaos, gritó toda azorada.

—¡Pero mi hija!

—Es imposible pasar por aqui á su habitacion. Las llamas suben al corredor alto.

Al oír esto Maria comprendió el grave peligro de su hija, y casi la imposibilidad de salvarla.

Un grito de dolor salió de su pecho y cayó desvanecida sobre el suelo.

La doncella huyó despavorida por la escalera, cuyas paredes laterales estaban ya ennegrecidas y cuyos escalones empezaban á crugir al impulso de un fuego violento desar-

rollado por bajo de ellas.

Adolfo no se detuvo á pensar un momento mas.

Cogió entre sus brazos á aquella mujer medio desnuda, á aquella mujer á cuyo contacto se sintió arder él mismo con mas fuego que el que consumia aquella morada.

Preparóse á bajar; pero el humo le asficiaaba.

No obstante, se dispuso á no dejarse vencer por la catástrofe.

La desesperacion le daba fuerzas.

La escalera se abrasaba.

Su piso era el pavimento candente de un infieruo.

El humo era cada vez mas sofocante.

Adolfó no vaciló y comenzó á bajar la escalera, llevando entre sus brazos a Maria.

Dos escalones se derrumbaron.

De un salto salvó aquel precipicio infernal.

Detrás de él crugia el suelo.

Corrió al patio y entonces pudo notar lo espantoso de la escena.

Se hallaba cercado de llamas.

El fuego reconcentrado vivamente en los graneros y habitaciones del piso inferior hacia crugir de un modo horrible las maderas del segundo.

—¡Auxilio! socorro! gritó Adolfo con voz estertorea,

ahogado por la humareda y viendo la imposibilidad de salir.

Nadie respondió á sus voces.

A nadie veía.

La puerta que daba al campo estaba abierta y ardia con una intensidad horrorosa.

El techo ardia tambieu y su ruina no se dejò esperar.

Desplomóse con estrépito.

Cayeron los maderos candentes y sobre ellos todo el escombros del piso superior, que ahogó por un momento el fuego hácia aquella parte.

Adolfo se aprovechó de esta ocasion.

Un momento mas era el de la muerte.

El calor, el polvo, el humo, la agonía de esta situación, todo esto y cualquiera de estas cosas, eran bastantes por sí solas para anónadar una naturaleza cualquiera que no hubiera estado animada de un alma tan decidida, como la del jóven.

Este se precipitó inmediatamente, entre el torbellino de polvo, saltando piedras y maderos humeantes.

Sus piés se abrasaban.

Al cabo pudo salir al campo.

Allí se hallaba la gente de la quinta, toda confusa y desconcertada.

Algunos corrian con direcciu al pueblo inmediato. Adolfo colocó en el suelo á Maria y respiró con fuerza. Entonces pudo notar todo el horror de aquella escena.

El viento era furioso y abrasador.

La quinta aparecia casi toda como una masa ígnea.

Las llamaradas parecian los cuerpos de cien monstruos infernales que se cernian en los vientos, agitando sus cabelleras de humo, y llevando donde quiera la destruccion.

En medio de la atmósfera producida por el hedor de la madera en combustion, se notaba un olor acre y fuerte, y de vez en cuando el humo era mas denso y mas sofocante.

Era humo de pólvora.

Aquel incendio no habia sido casual.

Era imposible que en tan poco tiempo hubiese tomado tal incremento y tan espantosa actividad, si se hubiera solo alimentado de sí mismo.

El viento sin embargo contribuia mucho á hacer mas pronta la destruccion.

El cielo estaba encapotado, no brillaba la luna; pero el campo estaba rogizamente alumbrado por aquel faro horrible.

Dos minutos despues de haberse salvado, cuando respi-

rò un aire menos fétido, y despues que Adolfo rocìo fustramente cou agua el rostro de la marquesa, esta volvió en sí.

Miró espantada en derredor y gritó con angustia.

—¡Mi hija! mi hija!

De cuantos criados y labradores allí habia nadie supo contestar.

—¡Mi hija! por piedad, mi hija! exclamó Maria, llorando con la mayor desolacion y cayendo de rodillas ante Adolfo.

Este miró espantado hacia la quinta.

—Estará ardiendo! salvádmela! gritaba la pobre madre, mesándose con desesperacion los cabellos.

Adolfo no vaciló.

Sin atender al espantoso riesgo, se precipitó casi por entre las llamas, y desapareció en medio de los torbellinos de humo y fuego.

Maria lloraba con el mas intenso dolor.

El viento no cesaba.

Los pocos hombres que allí habia, hacian esfuerzos inútiles por sofocar la voracidad del incendio.

Pasarónse diez minutos de cruel agitacion para Maria.

Iban llegando de los cortijos vecinos hombres armados de picos, martillos, azadones y cubetas.

Maria les alentaba con sus lágrimas.

Vagaba de una á otra parte gritando con desesperacion.

—Mi hija! mi hija!

El aya, con quien dormia la niña, se habia salvado á los primeros síntomas del peligro, y nadie sabia el paradero de la hija de la marquesa.

En vano era el valor y decision de los trabajadores.

Todo el ángulo de la izquierda, se derrumbó crugiendo con un ruido espantoso.

Los cuartos bajos donde estaban almacenados los granos y efectos combustibles, ardian todos minando el resto del edificio.

Solo la parte norte de él era donde, al parecer, mostraba menos intensidad el incendio.

Ninguno de los campesinos ni criados pudieron penetrar sin embargo.

Al cabo vieron perfilarse entre el resplandor la figura de un hombre sobre el terrado.

Las próximas llamaradas derramaban sobre su cuerpo recortes de luz rogiza, que le hacian asemejar á uno de los cíclopes del famoso cuadro de Velazquez.

Era Adolfo, que con arrojo inaudito habia podido llegar á aquel punto no consumido aun por el fuego.

Adolfo sudoroso, rojo encenizado.

Alzaba en sus brazos á una niña casi asficiada.

—Aquí, aquí, gritó con sobrenatural ardimiento.

—¡Dios mio, Dios mio! salvadles! gritó Maria:

Los trabajadores corrieron hacia aquella parte y colocáronse debajo del sitio que ocupaba nuestro hèroe.

Este llevaba tambien consigo unas sábanas que habia cogido de la habitacion de la niña, y además un pedazo de cuerda encontrado al paso.

Ató unas con otras en un momento, sugetó la niña por debajo de los brazos con ellas y empezó à descolgarla desde una altura de doce varas.

La pobre criatura apenas daba señales de vida.

Con el alma suspensa y la sangre paralizada la marquesa la veia descender.

Al fin la recibió en sus brazos.

—¡Está muerta! se ha ahogado! agua! agua! gritaba Maria corriendo loca y despavorida.

Su hija alentaba todavia.

Maria lo conoció y llena de un inefable reconocimiento exclamó.

—¡Salvadle á él, salvadle! no quiero mi vida á costa de tanta abnegacion.

Todas las miradas estaban fijas en Adolfo.

Parecia el génio del dolor pintado sobre un fondo infla-
mado.

Tendió los ojos en derredor y viò la imposibilidad de-
descenso.

Arrojarse desde aquella altura era la muerte.

Permanecer allí era imposible.

El suelo le abrasaba las plantas y comenzaba á hundirse
á tramos segun iban faltando las vigas que le sustentaban.

Retroceder no podia.

El fuego casi le cercaba ya.

Habia estado reconcentrado hacia aquella parte, y habia
roto al cabo con gran impetuosidad.

No le quedó mucho tiempo de vacilacion.

Crugió el suelo que le sustentaba.

Faltó luego á sus piés el punto de apoyo.

Su cuerpo se balanceó horriblemente.

Sus ojos desencajados espresaron todo lo terrible de su
situacion.

Tendió desesperado los brazos.

Sus manos se abrieron con nerviosa crispatura.

Osciló nuevamente y exclamó con voz penetrante y des-
garradora.

—¡Maria! Maria!

El pavimento se hundió.

Las manos de Adolfo se clavaron sobre un madero incendiado, y al fin rodó entre los escombros abrasados, y ocupó su lugar un remolino de llamas que llevó el viento, como si volara de aquella sima horrible el alma del mártir á la region del infinito.

Un grito de horror se escapó de todos los espectadores de aquella escena de muerte.

— ¡Adolfo! exclamó con terror y angustia Maria.

El jóven no podia responder.

.....
Ocho horas despues se registraban las hirvientes ruinas de aquella campestre morada.

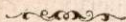
Entre los escombros hallaron un cadáver horriblemente mutilado y consumido.

Era el de aquella pobre víctima del amor.

Era el de Adolfo.



CONCLUSION.



CAPITULO I.

Estamos en una habitacion del palacio nuevo de la calle del Arenal.

Hace un año que ocurrió la catástrofe referida.

Maria sentada en una poltrona acaricia lánguidamente los rubios cabellos de su hija que juguetea à sus piés.

En el semblante de la marquesa se haya retratada una profunda melancolía.

Sus ojos están velados por una nube de tristeza, que contrasta perfectamente con la palidez de sus mejillas.

Su imaginacion vaga por la region de las ideas.

Su espíritu está triste como los últimos celages de la tarde.

Penetremos en el santuario de su conciencia.

—Hoy hace un año; pensaba; ¡Pobre Adolfo! Aquella abnegacion solo se esplica por una causa!

Sus últimas exclamaciones me rebelaron un mundo de sentimientos.

¡Qué muerte tan horrorosa!

Y èl sin duda me amò, me amò como nadie.

¡Quièn sabe si su sangre pesará sobre mi cabeza!

¡Pobre Adolfo!

A este punto entró el conde.

—María, dijo; nos marchamos á la quinta de Alcalá. En Madrid el verano es insoportable. Con eso veremos tambien la nueva casa ya construida.

—Oh! no, dispénsame; me inspira horror ya aquel sitio.

—Bah! dijo el conde riendó. ¿Te dura aun el miedo?

—Preferiria ir á cualquiera otra parte, y aun quedarme aquí.

—Lo que hace aqui no, querida. En este endiablado pueblo es el verano una plaga terrible. ¡Qué calor! qué desanimacion! ¿Preferirias ir á la Granja?

—A cualquier sitio, menos á la quinta de Alcalá.

—Pues á la Granja mañana.

Y el conde se preparó à salir.

Ah! dijo volviéndose. Toma.

—¿Qué es esto?

—Una carta de M..... el sevillano. En ella nos participa su marcha á América.

—¿Cómo es eso?

Dice que las tres cuartas partes del capital de su mujer eran ilusorias, y desesperado sin duda por tan soberano petardo, marcha con un destino de categoría en una embajada.

.....

A la mañana siguiente una silla de posta salia del palacio con direccion á la Granja.

En ella iban el conde, Maria y su hija.



Estamos en la iglesia del exconvento de San Gerónimo de Granada.

Son las cinco de la mañana.

La atmósfera está nebulosa.

Las naves rígidas del templo, apenas se destacan en la penumbra.

El silencio es verdaderamente el de las catacumbas.

Aquel edificio severo, de valiente arquitectura, austero, grande, desalojado, sombrío, sirve de sarcófago á los restos de un soldado.

Sus bóvedas umbrias guardan los restos del Gran capitán. Allí Gonzalo Fernández de Córdoba, cumple el tributo terreno.

La iglesia está desierta.

Solo en el ángulo de una de las naves se ven dos mujeres vestidas de negro, que parecen entre la oscuridad, sombras, que envueltas en sus descoloridos sudarios, fueron evocadas de sus tumbas.

Pasaron algunos minutos y otra nueva sombra negra avanzò pausadamente con direccion á donde se encontraban las primeras.

Era un sacerdote que venia á ocupar la tribuna del confesonario.

Sus pasos eran reproducidos sordamente por todo el ámbito del templo.

Retumbaba tambien el hueco pavimento.

Aquel misterio, aquella casi completa oscuridad, el eco de aquellas pisadas, aquellas tres sombras solitarias, la lámpara que muere, el dia que tarda, todos estos incidentes son los que llenan de pavor el alma, que se sienta entonces amilanada y supersticiosa.

Una de los dos mugeres, bastante jòven al parecer, se adelantò y arrodilló cerca de la tribuna ocupada ya por el sacerdote.

— Si, padre mio, soy muy culpable.

— Hermana, la bondad de Dios es infinita.

— Yo me acuso de un gran pecado, fiada en que Dios derramará su perdon sobre mí, por mas que le he ofendido mucho.

Pasaron breves instantes y luego prosiguió la muger

— Yo, padre, amé á un hombre que á mi no me amaba, yo le vi, y desde aquel instante solo pensé en poseerle. Era un noble arruinado, y para atraerle á un enlace legítimo, tuve que poner en juego viles medios para deslumbrarle con mi riqueza; él indagó y creyó firmemente cuanto se le decia de mi capital; pero estaba engañado, yo apenas poseia la décima parte de lo que se le hizo creer. No era esto solo; yo supe que aquel hombre amaba á otra. El estaba en una de esas situaciones en que el dinero es la vida de un hombre de honor; yo lo comprendí, le amaba mucho y conociendo que mi rival seria sacrificada á la ambicion y á las circunstancias, solo accedí á entregale mi mano, despues y en el mismo dia en que pude hacerle escribir una carta á aquella mujer, carta que yo dicté è hice girar, carta en que la insultaba y despreciaba hasta el último grado, creyendo yo que esto seria suficiente para dejarme á mi sola gozar de un amor que tanto anhelaba. Aquello tambien fué un crimen, yo no tenia derecho à desgarrar quizá un corazon,

por mas que el mio se hallase contrariado en sus instintos. Al fin nos unimos para siempre.

Dos dias despues de nuestro enlace, entré en la habitacion de mi marido á decirle que habian venido á buscarle; por mas que él quiso aparentar tranquilidad y hacerse el amable conmigo, yo conocí que mi inesperada presencia le habia trastornado un poco, y que habia ocultado rápidamente un papel en su pupitre, el cual cerró con llave al salir. Un presentimiento cruel hirió mi alma; mi marido se fué á la calle á poco, y ántes de una hora tuve yo, valiéndome de un fiel criado, una llave de aquel cajon donde se encontraba mi desventura.

Habia sido verdad, allí estaba el papel que habia ocultado; era una carta dirigida á la muger que amaba, carta impregnada de tanto amor, de tanto rendimiento hacia ella, como de burla, de ódio y de desprecio para mi.

Dejè aquel papel maldito como me lo habia hallado y cerrè.

Vi malograrse mi tentativa; se iban á volver á ver; mi amor era muy grande, muy egoista, y resolví á todo trance vengarme, no del culpable, sino de mi rival que arrancaba de mis brazos al hombre que me pertenecia.

En pocas horas resolví y maduré mi designio.

Tenia un criado que me podia servir de mucho; hombre

decidido á todo por mí y por mi familia, hombre el mas apropósito para satisfacer mi venganza, porque tenia un hermano en la granja donde vivia accidentalmente aquella muger odiada, y podia llevar á cabo mi plan sin despertar sospechas.

Perdon, padre mio; mis celos eran muy crueles y no pude vencerme.

Aquel hombre se previno de cuanto era necesario para incendiar en pocos minutos un edificio, y marchó allá.

Yo no queria que existieran ni las cenizas de aquella casa que era el nido de aquel maldito amor, ni de ninguna de las personas que en ella se abrigaban.

Fuè un pensamiento diabólico.

La quinta ardió hasta los cimientos; ella y su hija se salvaron milagrosamente; pero allí pereció un hombre, y aquella muerte, aquella devastacion pesan sobre mi cabeza.

Perdon, padre, perdon; Mi esposo no me amó y me ha abandonado.

Quizá le ha hecho tambien infeliz mi pasion. Los remordimientos me ahogan; solo confio en la misericordia de un Dios á quien tanto he ultrajado.

Callò la muger, y el apòstol de la caridad evangèlica hizo descender la luz de la esperanza à envolver en sus nètidos albores aquel corazon arrepentido.

El sacerdote se levantó.

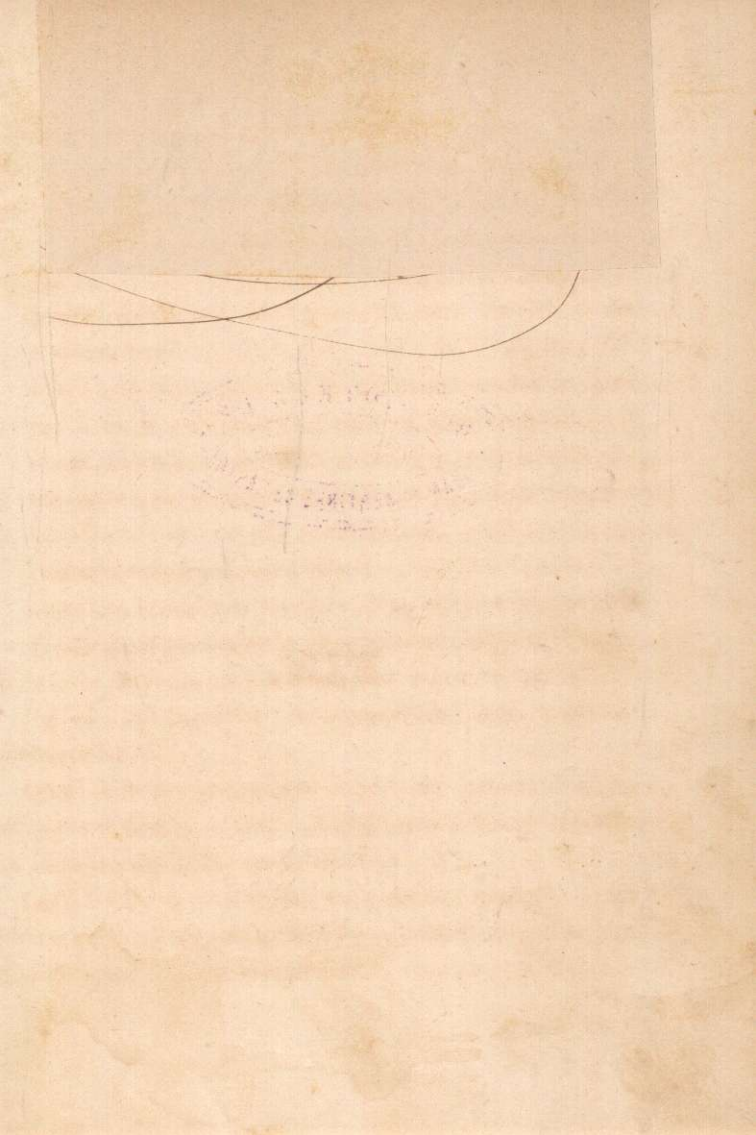
Las mugeres salieron silenciosas.

Volvió á reinar la soledad.

La iglesia volvió á ser tumba.



FIN.



41

[Faint, illegible handwritten text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.]

[Faint, illegible handwritten text.]

[Faint, illegible handwritten text.]



